CÓ-
MO
leer y profundizar en
"EL CREDO
QUE CONFESAMOS"

SHEALTIEL DURÁN BADILLO

Editorial CLIE
www.clie.es

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 Viladecavalls
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
http://www.clie.es

Copyright © 2023 por Shealtiel Durán Badillo.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447)».

Las citas bíblicas son tomadas de la Versión Reina Valera 1960 (RVR60), a menos que se señale de manera distinta.

© 2023 por Editorial CLIE. Todos los derechos reservados.

CÓMO LEER Y PROFUNDIZAR EN "EL CREDO QUE CONFESAMOS"
ISBN: 978-84-19055-33-0
Depósito Legal: B 23537-2022
Comentario bíblico
Nuevo Testamento - Jesús, los Evangelios y los Hechos
REL006800

Impreso en Estados Unidos de América / *Printed in the United States of America*

Acerca del autor

Shealtiel Durán Badillo es teólogo cristiano mexicano. Nació en 1982 en la Ciudad de México. Obtuvo su Licenciatura en Teología del Seminario Teológico Centroamericano (Guatemala, Guatemala), también posee una Licenciatura en Teología de la Universidad Madero (Puebla, México).

En 2009 instituyó Clases de Biblia & Teología, sirviendo desde entonces como director y docente. En 2010 fundó la revista teológica LEAN La Revista, siendo su editor y autor de algunos artículos.

Ha sido docente de asignaturas de Nuevo Testamento, Teología histórica y Griego, en diversas instituciones educativas, entre ellas: el Seminario Teológico Presbiteriano de México, el Seminario Metodista Gonzalo Báez Camargo y la Universidad Más Vida.

Se ha dedicado a la difusión del quehacer teológico como conferencista en diferentes lugares de la República Mexicana y, desde 2018, a través de la transmisión de programas en vivo semanales en su canal de YouTube: Creer, conocer, confesar.

A inicios de 2022 cofundó el Colegio Latinoamericano de Teología. Sirve en la pastoral y en la predicación en Sanctorum Communio Iglesia Cristiana.

Es autor de Manual para la interpretación bíblica (2020), y Traduttore, traditore? Nociones de traducción bíblica (2021), este último con prólogo de Edesio Sánchez Cetina.

Es esposo de su amada Marlen y padre de sus tres hermosos hijos, Ian, Lev y Zoé.

El lector puede consultar otros recursos del autor en:

YouTube y Telegram: Creer Conocer Confesar

Facebook e Instagram: Shealtiel Durán

Dedicatoria

A mi padre, Joaquín, quien con su propia vida y en su muerte
me mostró el amor del Padre de Jesucristo,
y a mi madre, América Rebeca, quien me ha instruido
desde pequeño en el camino del Señor.

CONTENIDO

Prólogo por Guillermo McKernon..... 11

Prólogo por Alfonso Ropero..... 13

Prefacio..... 17

Introducción..... 21

Significado de Símbolo 22
Función del Símbolo 23
Historia del Símbolo..... 28
El Símbolo apostólico..... 32
Para continuar la reflexión..... 33

1. **Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra**..... 35

Creer 35
Dios Padre..... 42
Todopoderoso 47
Creador del cielo y de la tierra..... 48
Herejías y errores 57
Para continuar la reflexión..... 62

2. Y en Jesucristo, su Hijo unigénito, Señor nuestro 65
Jesucristo 65
Su Hijo unigénito 70
Señor nuestro 72
Herejías y errores 74
Para continuar la reflexión 76

3. Que fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen María 77
Jesús en otras fuentes 77
Fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen María 82
La encarnación de Dios en la historia 86
Herejías y errores 88
Para continuar la reflexión 91

4. Padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado 93
Padeció 94
Bajo Poncio Pilato 96
Fue crucificado 96
Muerto 97
Sepultado 101
Herejías y errores 103
Para continuar la reflexión 103

5. Descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos 105
Descendió a los infiernos 107
Al tercer día resucitó de entre los muertos 111
Herejías y errores 117
Para continuar la reflexión 122

6. Ascendió a los cielos, está sentado a la diestra del Padre todopoderoso 123
Ascendió a los cielos 123
Está sentado a la diestra del Padre todopoderoso 124
Herejías y errores 128
Para continuar la reflexión 130

7. De ahí vendrá a juzgar vivos y muertos 131
De ahí vendrá a juzgar vivos y muertos 131
Aclaraciones y precisiones respecto a la escatología cristiana (Durán, 2011, pp. 9-13) 132
Herejías y errores 138
Para continuar la reflexión 140

8. Creo en el Espíritu Santo 141
El Espíritu y la Escritura 141
El Espíritu en el Antiguo Testamento 147
El Espíritu en el Nuevo Testamento 150
Herejías y errores 163
Para continuar la reflexión 166

9. En la Santa Iglesia católica, la comunión de los santos 169
La santa Iglesia 169
Católica 171
La comunión de los santos 172
Herejías y errores 175
Para continuar la reflexión 177

10. El perdón de pecados 179
El perdón de pecados 185
Herejías y errores 191
Para continuar la reflexión 194

11. La resurrección de la carne 197
La resurrección 197
… de la carne 198
La resurrección: cómo y cuándo 201
La resurrección en el bautismo y en la eucaristía 202
Herejías y errores 204
Para continuar la reflexión 208

12. La vida eterna. Amén 211
La vida eterna 211
Amén 214
Herejías y errores 215
Para continuar la reflexión 215

Epílogo 217

Apéndices 219
I. Revelación y dogma 219
II. Otros símbolos cristianos 221
III. Símbolos Apostólico y Romano 227
IV. Dogma y ética 229
V. Credos cristianos antiguos 233
VI. El ser-Padre de Dios y sus implicaciones 237
VII. Interpretaciones más importantes de la muerte de Jesús en el Nuevo Testamento (Adaptado de Karrer, 2002, p. 247): 241
VIII. Confesar el Credo en tiempos de COVID-19 243

Abreviaturas usadas en el texto 247

Referencias 249

PRÓLOGO
GUILLERMO MCKERNON

Los cristianos siempre han sido pensadores. Desde los primeros años de la Iglesia Cristiana siempre han sido personas de reflexión teológica. El Señor Jesús no nos dejó nada de comentarios, nada de escritos teológicos; al mismo tiempo, nos ha dejado con un montón de dudas y preguntas que han sido debatidas a lo largo de los siglos. Por lo tanto, hemos tenido que reflexionar mucho, razonando nuestra fe, porque ciertamente es razonable.

El Espíritu Santo nos ha iluminado mucho y los primeros resultados de ello han sido los Credos de la Iglesia. Estos documentos encapsulan de forma cristalina lo que los cristianos creían en aquel entonces. Ellos escribieron los primeros documentos del pensamiento cristiano. El trabajo fue formidable, mostrando exactitud en la reflexión cristiana desde hace tantos siglos. Son documentos que encapsulan el dogma cristiano hasta el día moderno, tanto de la Iglesia Católica Romana como de la Iglesia Evangélica.

El autor de este libro ha intentado abrir el sentido de uno de estos documentos, el Símbolo Apostólico, con el fin de enriquecer nuestra

fe y el entendimiento de ella. Debemos recordar que, por cierto, la fe nos salva, pero no nuestra fe. Es decir, la fe salvífica es la otorgada por el Espíritu Santo.

Por nuestra parte, tenemos el deber de educarnos a nosotros mismos en esa fe para que sea entonces una fe educada y fe razonada. Este libro apoya ese esfuerzo de la educación teológica. El que lee, piensa. El que piensa, pregunta. El que pregunta, se informa. El que se informa, se educa y luego informa a otros. Así avanzamos la fe mediante nuestra lectura.

Por tanto, se lo recomiendo al estudiante. Que el Señor Jesús mismo sea glorificado.

Guillermo McKernon
Auckland, Nueva Zelanda
Octubre, 2019

PRÓLOGO
ALFONSO ROPERO

Confesado por la Iglesia a lo largo de los siglos, el Credo Apostólico es el resumen más conocido, y casi memorizado, por millones de personas de la fe cristiana. En él se dice esencial y fundamentalmente todo lo que el creyente de todos los tiempos tiene que saber sobre su fe. La teología posterior, con toda su complejidad y extensión, sus postulados y discusiones, no es sino el desarrollo racional y argumentativo de lo contenido en esa confesión. Confesión que consiste en doce artículos breves, o afirmaciones sumarias de carácter doctrinal, que resumen las verdades principales del cristianismo expuestas con un gran espíritu sintético. No tiene nada de extraño pues, que gran número de teólogos del siglo XX, que han llenado nuestras bibliotecas con voluminosas obras de teología, hayan dedicado en algún momento de su producción una reflexión y explicación de este símbolo del cristianismo universal, aportando su visión particular a modo de resumen, o testamento, de su vasta obra teológica. Así Karl Barth, Emil Brunner, Hans Küng, Henri de Lubac, Theodor Schneider, Wolfhart Pannenberg y Eberhard Busch, entre otros.

Cuenta la leyenda, a la que hace referencia el autor de este libro, que el día de Pentecostés, mientras los apóstoles todavía estaban bajo la inspiración directa del Espíritu Santo, compusieron el Credo al que nos referimos, contribuyendo cada uno de los doce uno de los artículos. Con esto se quería refrendar la autoridad apostólica de esta ancestral confesión de fe, mediante la cual los cristianos podían reconocerse mutuamente como miembros de la Iglesia católica o universal, frente al resto de iglesias o grupos religiosos de carácter herético que apelaban a tradiciones secretas legadas por uno u otro apóstol para justificar sus ideas heréticas o desviadas de la gran tradición apostólica.

Aunque el cristianismo es básicamente algo aparentemente tan sencillo y elemental como un camino de salvación en Cristo como único Mediador entre Dios y los hombres, sabemos tanto por el mismo Nuevo Testamento como por el desarrollo posterior del cristianismo (a algunos les gusta hablar de *cristianismos*, en plural), que desde sus comienzos se vio envuelto en multitud de disputas de carácter doctrinal o teológico. ¿Tiene vigencia para los creyentes la Ley de Moisés y sus preceptos? ¿Es la circuncisión una señal obligatoria también para los creyentes gentiles? ¿Cuál es la relación entre la fe y las obras en relación con la salvación? Si solo hay un Dios, ¿hasta dónde se puede decir que Jesucristo también es Dios? ¿Cómo puede ser Dios y Hombre al mismo tiempo? Si era Dios, ¿cómo pudo sufrir y morir en la cruz? ¿Acaso Dios no es inmutable, sin pasiones? ¿Murió realmente o en apariencia? Así podríamos seguir hasta el infinito. Los manuales de historia de las doctrinas nos pueden dar una idea de ello.

Desde los días de la Reforma, la Iglesia, que también se ha escrito en plural, *iglesias*, han contado cada una con su credo particular, muy similares en los puntos centrales, pero diferentes en otros considerados de extrema importancia para sus redactores. De modo que, pese a confesar todas una misma fe en Cristo y su mensaje evangélico, mantienen desacuerdos históricos casi imposibles de vencer, y menos aún en aquellas que se consideran la expresión más correcta de la fe apostólica del Nuevo Testamento, tanto en sus doctrinas, como en su ética y modo de gobierno. ¿Cómo poner orden en medio de esta divergencia doctrinal? Algunos han postulado que las doctrinas no son relevantes para ser cristiano. Aquí nos tropezamos con la primera dificultad, porque lo cierto es que las doctrinas importan, y mucho, para

guiar y acompañar la experiencia del creyente. La actitud correcta es preguntarnos cuáles son las doctrinas fundamentales y esenciales de la fe que garantizan la fe apostólica, bíblica. ¿Cómo podemos distinguir entre lo que es apostólico y lo que no es?

Recurriendo a la Biblia, dirán muchos. Bueno eso es lo que pretendidamente afirman todos y dicen poner en práctica, sin que parezca que lleguen a un acuerdo. Por eso las iglesias de todos los tiempos han considerado conveniente redactar una confesión de fe lo suficientemente amplia, y precisa a la vez, que exprese con claridad el contenido básico de la fe cristiana revelada en las Escrituras para que sirva de punto de unión y comunión a los diversos integrantes de cada iglesia particular, tal como hizo la iglesia primitiva a la hora de legarnos el Credo Apostólico, cuyas aseveraciones pretenden recoger y destacar las doctrinas básicas diseminadas a lo largo del canon bíblico. Por esta razón, también en el mundo evangélico, sin renegar de su principio de la Biblia como la única y última autoridad en cuestiones de fe y práctica, se ha acogido de forma general este Credo Apostólico como un resumen correcto y autorizado de la fe cristiana universal. Pastores y predicadores de todas las denominaciones han escrito y predicado extensamente sobre todos y cada uno de los doce artículos del Credo.

En el caso presente, el profesor Shealtiel Durán nos introduce en la historia de la formación del Credo para pasar después a ir desgranando cada artículo en 12 lecciones magistrales donde expone una a una las doctrinas centrales de la fe, tal como las recoge el Credo, teniendo en cuenta, y esto es muy importante y original en este estudio, las herejías y errores que dieron origen a esta antiquísima profesión de fe, sobre cuyo fondo se esclarece mejor cada doctrina cristiana. Pues fueron los errores de carácter doctrinal y las herejías los que sirvieron a las iglesias como acicate para perfilar, de un modo más preciso y ajustado, a la Biblia sus creencias. Errores y herejías que de un modo u otro renacen en cada nueva generación con sus matices propios, pero igualmente nocivos para la supervivencia de la fe. Dado el carácter simple y a la vez complicado del cristianismo, las desviaciones de la fe no han quedado enclaustradas en el pasado, sino que aparecen con frecuencia en cada época, de modo que siguen vivas en nuestros días, apartando a muchos de la fe confesada por los apóstoles de Cristo. Esta fidelidad al Credo Apostólico no es una defensa del inmovilismo dogmático,

del tradicionalismo recalcitrante, enemigo por naturaleza de cualquier acercamiento creativo y nuevo al viejo depósito de la fe, sino que es el criterio que nos garantiza que caminamos en las viejas sendas por más nuevas que deban ser hoy para nosotros.

Creo sinceramente que esta es una obra necesaria para pastores y creyentes que buscan formarse en su fe, redactada con evidente preocupación pedagógica que será muy útil para el estudio individual o en grupo. Una introducción magnífica a la riqueza del dogma cristiano que necesitamos como el calcio para nuestra osamenta espiritual y práctica.

Alfonso Ropero
España, abril 2022

PREFACIO

A las creencias que son esenciales dentro de una religión se les da el nombre de dogmas. Así, el cristianismo tiene sus propios dogmas que son la columna vertebral de su fe. Los creyentes aceptan estos dogmas para creerlos y vivir acorde a ellos. Como ya expresó Karl Barth, "la dogmática es tarea de la iglesia". Es responsabilidad de cada uno, en su comunidad eclesial y en su contexto social, el reflexionar sobre lo creído, en función de la predicación clara y puntual del mensaje cristiano. Lo cual requiere ser críticos con el fin de siempre someter lo creído a la Escritura, esto es, dejarnos moldear por el testimonio de la Palabra. Por eso es necesario que el cristiano conozca estos dogmas y tenga un estudio profundo de ellos. Sobre todo en la crisis actual en el ámbito evangélico, la cual ha dado lugar a doctrinas y prácticas extrañas que deforman la proclama cristiana por la carencia de una enseñanza arraigada en la Escritura.

Por lo tanto, el objetivo de la presente obra es acercar al cristiano a los fundamentos de su fe, aportar de algún modo a la misión expresada en Efesios 4:12-16:

> perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor (todas las citas de la Escritura serán tomadas de la Revisión Reina-Valera 1960, a menos que se indique de manera distinta).

Así, se busca que el creyente conozca la dogmática con la finalidad de confrontar y/o reafirmar su fe, de tal forma que la preserve, sea animado a profundizar en ella, y sea capaz de compartir esta fe de manera precisa y efectiva en su propio contexto.

Para lograrlo, en este manual —siguiendo de cerca la exposición del Esbozo de dogmática de Karl Barth, aunque partiendo desde el cristianismo latinoamericano actual— la dogmática cristiana se aborda examinando bíblica y teológicamente los artículos del *Credo* o Símbolo apostólico, el cual es un resumen conciso de la fe cristiana expresado en doce enunciados. En la Introducción se presentará un panorama histórico del Símbolo, cómo es que surge y cuál es su pertinencia para la dogmática. Luego, cada enunciado del Símbolo se examinará capítulo a capítulo. Al final de cada capítulo se tendrá un apartado titulado "Herejías y errores", buscando clarificar conceptos y hacer frente a esas falsas doctrinas que han surgido a lo largo de la historia y que resurgen nuevamente de vez en cuando. Después de esa sección, el lector encontrará una guía de estudio, "Para continuar la reflexión", a fin de repasar la lección y reflexionar en torno a ella, podrá responder las preguntas o hacer las actividades individualmente o en grupo, provocando propuestas para su propio contexto eclesial y social. Otra característica editorial en esta obra es la inclusión de los textos bíblicos citados, elementales para la comprensión del dogma, pues suele suceder que la Biblia no se consulta, ya sea porque no se tiene a la mano o porque no se da el tiempo para hacerlo, al menos de esta manera podrá leer los versículos en cuestión en el cuerpo del escrito. Hacia el final se han

incluido apéndices con esquemas visuales para aclarar conceptos clave, así como algunas reflexiones ulteriores.

La obra fue desarrollada teniendo en mente a todo creyente, ya sea que tenga un conocimiento básico de la fe cristiana o se encuentre avanzado en la misma. También está destinada a todo estudiante de teología que ha dedicado su tiempo y energía, esfuerzo y dedicación, a estudiar y comprender mejor su fe para servir al Señor en sus iglesias locales.

Deseo expresar mi agradecimiento a todos mis alumnos que he tenido en ya más de diez años de docencia, alumnos del Seminario Teológico Centroamericano (SETECA, Guatemala), donde realicé mis primeras prácticas impartiendo la clase de Historia de la Iglesia, a los pies de Guillermo McKernon, mi maestro, amigo y hermano; a mis alumnos de las Clases de Biblia & Teología, que cuestionan y me bombardean con preguntas interesantísimas; a los del pequeño seminario en Morelos, ahora ya extinto, quienes contra viento y marea buscaron concluir sus estudios; a mis estudiantes del Seminario Teológico Presbiteriano de México (STPM), en la Ciudad de México; a los del Instituto Bíblico Cristo por su mundo, en Baja California; a los del Seminario Bíblico Teológico de México; a los del Seminario Teológico Metodista "Gonzalo Báez-Camargo"; así como a los de la Universidad Más Vida. Pues debido a sus preguntas e inquietudes manifestadas en los distintos cursos que he podido impartirles, me han permitido precisar este texto.

Agradezco a mis padres, quienes me proveyeron de una educación bíblico-teológica desde casa hasta el Seminario: mi padre me inculcó el gusto por la lectura, el servicio pastoral y el amor al Señor sobre todo y a pesar de todo. Mi madre me guio en el Camino, fomentando en mí tanto la memorización de la Escritura, como su comprensión y aplicación.

Especialmente agradezco a mi esposa maravillosa Delia Marlen, quien me ha apoyado, animado y respaldado al paso de los años y claramente durante la concentración en este escrito, quien también ha realizado varias lecturas editoriales del texto, así como a mis hijos Ian, Lev y Zoé: ustedes me motivan a comprender mejor la fe cristiana y vivirla día a día.

Para la actual edición agradezco a la Editorial Clie, a su presidente, don Eliseo Vila, quien habiendo leído el texto lo recomendó

inmediatamente a Alfonso Ropero, director editorial. Ambos me han animado a continuar con el quehacer teológico, especialmente en este ministerio de la palabra escrita, a fin de comunicar por este medio lo que se estudia en las aulas de seminario. También don Eliseo Vila, con su gran intuición editorial me ha sugerido incluir un apartado abordando la relación entre el dogma y la ética, lo cual se presenta en uno de los siete apéndices, que también es novedad en este texto. De igual modo, agradezco a Alfonso Triviño, director ejecutivo, por su guía a lo largo de todo el proceso de publicación; y a la familia Vila, por la cordial atención que me ha brindado.

Gracia y paz de nuestro Señor Jesucristo.

Shealtiel Durán Badillo
Ciudad de México
Noviembre, 2022

INTRODUCCIÓN

Propiamente el dogma es una verdad ya dada en la Escritura. Se ha expresado que:

> … hay por parte de los fieles una evolución en el *conocimiento* y en la *expresión* del dogma […]. Este último progreso se ve claro en la historia de las fórmulas dogmáticas definidas por la Iglesia a medida que se ha penetrado y esclarecido el sentido de las verdades contenidas en las fuentes de la divina Revelación (Parente, Piolanti y Garofalo, 1955, p. 112).

Sin embargo, esta "evolución" en el conocimiento no quiere decir que el creyente contemporáneo comprenda mejor la fe que los primeros cristianos, como si aquellos no lo hubieran hecho, ya sea por falta de reflexión o de revelación, sino que esta comprensión está ligada al contexto en el que se vive. Esto es necesario dejarlo claro, puesto que muchas veces se piensa que el creyente de hoy comprende mejor la doctrina que los antiguos, siendo que el mismo Espíritu ha habitado en todos los creyentes desde el Pentecostés, proveyéndoles del conocimiento de las profundidades de Dios (1Co. 2:10). El dogma es la enunciación de esa comprensión, el cual está determinado por el momento histórico y el contexto. De ahí que haya sido necesaria

esa penetración y ese esclarecimiento constante. Como escribiría Hans Urs von Balthasar:

> Para permanecer fiel a sí misma y a su misión, ella [la iglesia] debe incesantemente hacer un esfuerzo de invención creativa. Frente a los gentiles, que debían entrar en la iglesia heredera de la sinagoga, Pablo tuvo que inventar. Y otro tanto tuvieron que hacer los Padres griegos frente a la cultura helenística, así como santo Tomás frente a la filosofía y la ciencia árabes. Tampoco nosotros tenemos otra forma de hacer frente a los problemas de hoy (Citado en Gibellini, 1998, p. 255).

Es decir, se requiere una evolución del conocimiento y en la expresión del dogma acorde a las situaciones que se van presentando. Esto responde al cambio de los tiempos, de la cultura, del lenguaje, de las filosofías e ideologías, etc. Por eso el creyente necesita precisar su fe constantemente. De esta manera la dogmática es tarea de los creyentes:

> Es una actividad humana, necesaria y continua. Es humana porque es la reflexión del hombre sobre la revelación atestiguada en la Escritura. Es necesaria porque todas las actividades de la iglesia deben ser puestas a prueba por la Palabra de Dios. Es continua porque ninguna formulación dogmática es idéntica con la Palabra de Dios. Por tanto, la tarea dogmática debe ser cometida una y otra vez (Ramm, 2008, p. 37).

De tal modo, se estudiará el Símbolo Apostólico, el cual, como se verá a continuación, históricamente ha probado su valor como expresión dogmática elemental, reflexionando en sus enunciados a la luz de la Escritura, aportando al creyente una comprensión profunda de su fe cristiana (como recurso esquemático, véanse las figuras del Apéndice I).

Significado de Símbolo

Se les llama Símbolo o Credo a las confesiones de fe (entre ellas: Símbolo Romano, Apostólico, Niceno, etc.). El Credo enuncia lo que se cree, *credere*, en latín. Así se tiene el Credo o Símbolo Apostólico. Existen varios Símbolos, de los cuales el más antiguo es el Romano (designado con una R). Lochman (1984), distingue:

> Profundas y extensas investigaciones han demostrado que esta fórmula romana del Símbolo tiene que ser considerada como la madre de todos los Credos occidentales, así como también de nuestro Símbolo Apostólico… El Credo romano del siglo V difiere aun considerablemente del nuestro [Símbolo Apostólico], por cuanto no incluye las palabras *creatorem caeli et térrea – conceptus – passus – mortuus – descendit ad inferos – catholicam – sanctórum – communionem – vitam aeternam*" (p. 11).

También hay otros símbolos del arte paleocristiano (véase el Apéndice II). No obstante, el presente estudio se realizará siguiendo el Símbolo Apostólico. La palabra griega *symbolon* significa señal o signo de reconocimiento:

> Primeramente, era un objeto que se cortaba en dos partes y se entregaba a dos huéspedes quienes eventualmente las transmitían a sus hijos; puestas en relación las dos partes, permitían que los que las llevaban se reconocieran entre ellos y probaran las relaciones de hospitalidad que les unían. De ahí, por extensión, toda señal de reconocimiento, todo acuerdo. Es una realidad significante, que introduce en un mundo de valores que ella expresa y al que pertenece: tal es la operación simbólica (León-Dufour, 2002, p. 543).

Función del Símbolo

De este modo, el *Símbolo* o *Credo* pasaba de un cristiano a otro como un reconocimiento de pertenencia a la comunidad de fe. Solo lo podían conocer aquellos que eran verdaderos cristianos a través de un proceso de adoctrinamiento llamado catequesis, que en griego:

> quiere decir 'hacer resonar en los oídos', de donde 'instruir'. Catequizar es enseñar los hechos esenciales de la vida de Jesús. Esta instrucción seguía al anuncio del Evangelio y preparaba al candidato para el bautismo (León-Dufour, 2002, p. 178).

Otro matiz se aprecia en la explicación realizada por San Agustín, quien dice "que al credo se le llamó símbolo por analogía con los pactos o acuerdos que unos negociantes hacen con otros" (Kelly, 1980, p. 74). De manera que el símbolo tendría la connotación de pacto, el cual

a su vez está relacionado con el bautismo, pues es en este donde se manifiesta públicamente. Este, el bautismo, es el ámbito del Símbolo por excelencia. Allí se comunica la aceptación del nuevo pacto en presencia de testigos, al mismo tiempo la significación del bautismo solo es entendido cabalmente por sus participantes.

Por otro lado, la función del símbolo también puede comprenderse a la luz de las fórmulas o confesiones de fe expresadas en el Nuevo Testamento. Oscar Cullmann (1970, pp. 78-90) indica que los siguientes aspectos influyeron en la elaboración de dichas fórmulas:

Bautismo

Como ya se mencionó, es allí que se expresan estas afirmaciones breves sobre lo que se cree: *"Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios"* (cf. Hch. 8:36-38; 1Pe. 3:18-22; Ef. 4:5). Al mismo tiempo el creyente es introducido a ese ámbito simbólico, emerge a esa nueva vida que le fue concedida.

La Iglesia católica apostólica romana considera el bautismo como un sacramento, es decir, un medio de gracia. Por su parte, la mayoría de evangélicos solo lo conciben como un símbolo o una representación. Pero aquí ya vamos viendo que el bautismo expresa una realidad espiritual en la cual el creyente es sumergido. Quizá por ello podamos entender la importancia que consciente o inconscientemente se le da al bautismo: hay creyentes que esperan con gran emoción bautizarse, mientras otros van postergando su bautizo por diferentes cuestiones; los unos y los otros atribuyen al bautismo un carácter mayor a la de un mero simbolismo. Y es que el acto del bautismo y la confesión de fe están estrechamente ligados.

El culto, la liturgia y la predicación

Por ejemplo, se sabe que la porción de la *kenosis* de Cristo, su abajamiento o despojamiento, descrito en Filipenses 2:5-11, es un himno con una cristología sumamente densa (Brown, Fitzmyer & Murphy, 2004; Légasse, 1981; Gourgues, 1993):

Haya, pues, en vosotros este sentir
que hubo también en Cristo Jesús,
el cual, siendo en forma de Dios,
no estimó el ser igual a Dios

como cosa a que aferrarse,
sino que se despojó a sí mismo,
tomando forma de siervo,
hecho semejante a los hombres;
y estando en la condición de hombre,
se humilló a sí mismo,
haciéndose obediente hasta la muerte,
y muerte de cruz.
Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo,
y le dio un nombre que es sobre todo nombre,
para que en el nombre de Jesús
se doble toda rodilla de los que están en los cielos,
y en la tierra,
y debajo de la tierra;
y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor,
para gloria de Dios Padre.

Esto debe llevarnos a evaluar los cánticos modernos que se entonan en nuestras iglesias. La mayoría de ellos carecen de contenido teológico y más bien apelan al emocionalismo. En los cantos se expresa la fe de la Iglesia, son un excelente indicador de la doctrina que se posee o se carece. Un curioso escándalo reciente da muestra de ello: la Iglesia Presbiteriana en Estados Unidos, deseando incluir el canto *In Christ alone* (Solo en Jesús) en una nueva edición de su himnario, solicitó a los compositores, Keith Getty y Stuart Townend, modificar una parte con el fin de "evitar controversia teológica" alguna; la propuesta era cambiar:

"Hasta esa cruz, al morir Jesús
Fue satisfecha la ira de Dios"

Por:

"Hasta esa cruz, al morir Jesús
Se magnificó el amor de Dios"
(traducción mía)

El énfasis pasaba de la ira al amor de Dios. Y es que en EE.UU. (y por consecuencia, también en nuestros países latinoamericanos

importadores de sus modas y teologías), se ha visto esta tendencia en algunos círculos evangélicos a trivializar o minimizar los conceptos del pecado, la justicia, así como la ira de Dios que deriva de su santidad, por no ser "políticamente correctos". Ante ello, los compositores firmemente se negaron. La resolución denominacional: excluir el canto fuera del himnario (la letra original en inglés: "*Till on that cross as Jesus died/the wrath of God was satisfied*", por: "*Till on that cross as Jesus died/ the love of God was magnified*"; Stocker, 2013). Se necesitan cristianos fieles a la Escritura que puedan componer cantos ricos en doctrina para nuestras congregaciones, a pesar de las presiones sociales e ideológicas que pueda haber, aun dentro de la comunidad eclesial.

Por otro lado, la evangelización también requiere ser evaluada, podrá hablarse de Dios y de su amor, pero ello no es en sí el Evangelio. La predicación específicamente del Evangelio es, de acuerdo con Pablo: *"… Qué Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras…"* (1Co. 15:3-4). La evangelización debe incluir estas premisas, de lo contrario se estará yendo por las ramas. Del mismo modo, la celebración del culto requiere ser evaluada constantemente a la luz de la Escritura: ¿qué se predica en la iglesia? ¿son temas de motivación meramente o se predica el texto bíblico con todas sus implicaciones éticas y morales, de amor sí, pero de justicia también?

Sanidades y exorcismos

En estos actos se reconoce la autoridad de Jesús como Hijo de Dios y se demuestra la confianza en él para el otorgamiento de sanidad y liberación (*"en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda"*, Hch. 3:6; cf. Mr. 1:24; 3:11; 5:7). En cuanto a la sanidad se puede resaltar que va de la mano con la salvación, el verbo griego σωζω (*sodzo*), significa tanto salvar como sanar; véase Marcos 2:1-12 y los pasajes paralelos, donde el perdón de pecados —salvación— está ligado a la sanidad del paralítico:

> *¿Qué es más fácil, decir al paralítico: tus pecados te son perdonados, o decirle: levántate, toma tu lecho y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): a ti te digo: levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa* (Mr. 2:9-11).

Y, si bien ahora ya se habla poco de la demonización de personas, la realidad sigue siendo la misma. El creyente, aunque no lo perciba, se halla en un combate contra las tinieblas: *"Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes"* (Ef. 6:12). En medio de esa lucha, el cristiano sabe que su Señor ha triunfado y le ha concedido libertad, salvación y sanidad.

Persecución

El creyente es perseguido a causa de la proclamación de Jesucristo. Esto se observa ya desde las advertencias de Jesús a sus discípulos respecto a que serían llevados ante las autoridades y padecerían como su Maestro:

> *He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los gentiles* (Mt. 10:16-18).

Así, las primeras comunidades cristianas fueron vistas como amenaza al orden establecido, ante los judíos, primeramente, después ante el Imperio, pues la confesión "Jesucristo es Señor" era entendida como subversiva. Así se referían los judíos acerca de los cristianos: *"… Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá… y todos estos contravienen los decretos del César, diciendo que hay otro rey, Jesús"* (Hch. 17:6b-7). Para el creyente el *Kurios*, el Señor, es Cristo, no el César (acerca de la confesión: 1Ti. 6:12-16; Ro. 10:9; 1Co. 12, 3).

Del mismo modo, esto no ha cambiado: las noticias dan muestra de ello, sea en Siria o en Chiapas, hay una constante persecución de cristianos (para una noción de la actual persecución alrededor del Mundo, puede consultarse el sitio de la organización *The Voice of the Martyrs*, en: www.persecution.com). Ante la violenta opresión de este Imperio de las tinieblas, la voz que resuena es esa proclama victoriosa: ¡Jesús es Señor!

Polémica antiherética

Las breves fórmulas de fe responden concretamente a las herejías. En la Primera epístola de Juan leemos acerca de la primera herejía que se dio en la Iglesia: la negación de la humanidad de Jesucristo, por lo cual escribe:

> *Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene y que ahora ya está en el mundo* (1Jn. 4:1-3).

Al momento de surgir herejías o errores doctrinales, la fe debe ser precisada, enunciada de tal manera que no dé lugar a dudas o ambigüedades que pudieran dar a entender conceptos errados. La expresión del dogma por eso también es cambiante.

En resumen, como se puede observar en estos pasajes, fueron varias las razones para el surgimiento de las fórmulas que se convertirían posteriormente en credos elaborados. Aunque la cuestión del bautismo y catecumenado tendrán una mayor influencia según la reiteración de las fuentes, los otros puntos arriba expuestos jugaron un papel fundamental. Una razón no anula a las otras, por el contrario, se complementan:

En el bautismo se expresa la fe que se ha creído. En el catecumenado, o adoctrinamiento, la fórmula sirve como método pedagógico. Las fórmulas de fe se proclaman en comunión como adoración en el culto regular. Las fórmulas son el fundamento o columna de la predicación (de otra manera, ya no se trata del Evangelio). Se invoca el poder de Jesucristo sobre los espíritus malignos por medio de una breve fórmula y se pide su intervención en la sanidad de las personas. En las persecuciones se da testimonio de Cristo delante de los acusadores que desean la apostasía del cristiano. Y contra los herejes se expresa la fe recibida en oposición a sus falsas doctrinas y tergiversadas enseñanzas.

Historia del Símbolo

El origen del credo es incierto en cuanto a fecha se refiere. El siglo V nos ofrece el documento más antiguo sobre el surgimiento del Credo

Apostólico, el autor, Tiranio Rufino, sacerdote de Aquileya, en el 404 d. C., indica que fueron los mismos Apóstoles quienes lo redactaron (*Comm. In symb. Apost.* 2; citado en Kelly, 1980, p. 6):

> Así, que, encontrándose a punto de despedirse unos de otros, lo primero que hicieron fue establecer una norma común para su futura predicación, de modo que cuando no pudieran encontrarse, por las distancias a que se hallarían, no dieran doctrinas diferentes a los pueblos que invitaran a creer en Cristo. Así que se reunieron en un lugar determinado y, llenos como estaban del Espíritu Santo, redactaron, como hemos dicho, el breve compendio de su predicación futura, aportando cada uno lo que consideraba conveniente. Y todos determinaron que había que considerar ese compendio como norma doctrinal para los creyentes.

Esta leyenda no es inventada por él, sino que ya circulaba y era conocida en Occidente. Tal explicación piadosa del origen del Símbolo, aunque carezca de credibilidad histórica, demuestra que se le asociaba con el contenido esencial del *kerigma*, la predicación cristiana —del mismo modo resumido que lo hace Pablo en 1 Corintios 15:1-5. Del siglo VIII se tiene esta leyenda completamente desarrollada en la serie de sermones *De símbolo* (Kelly, 1980, p. 17):

> A los diez días de la ascensión, estando reunidos los discípulos por miedo a los judíos, el Señor les envió el Paráclito prometido. A su venida se inflamaron como hierro candente y, llenos del conocimiento de todas las lenguas, compusieron el credo.
> Pedro dijo: "Creo en Dios Padre todopoderoso… creador del cielo y de la tierra".
> Andrés añadió: "Y en Jesucristo, su Hijo… nuestro único Señor"…
> Santiago siguió: "Que fue concebido por obra del Espíritu Santo…, nació de Santa María Virgen"…
> Juan continuó: "Padeció bajo Poncio Pilato…, fue crucificado, muerto y sepultado"…
> Tomás agregó: "descendió a los infiernos…, resucitó al tercer día de entre los muertos"…
> Santiago dijo: "subió a los cielos…, está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso"…
> Felipe continuó: "desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos"…

Bartolomé agregó: "Creo en el Espíritu Santo"…
Mateo repuso: "y en la santa Iglesia católica…, la comunión de los santos"...
Simón prosiguió: "el perdón de los pecados"…
Tadeo dijo: "la resurrección de la carne"…
Matías añadió: "la vida eterna".

Como el testimonio anterior, este tampoco representa un hecho histórico, pero se entrevé en él la creencia de la inspiración divina del Credo. Es el Espíritu Santo el que "inflama" a los doce a pronunciar cada enunciado, los cuales se apegan a la Escritura.

Anterior a ello, el Símbolo Apostólico se menciona en una carta del Sínodo de Milán al Papa Siricio, atribuida a San Ambrosio (siglo IV; Pelikan, J. y Hotchkiss V. R., 2003, p. 669). En su *Commentarius in symbolum apostolorum*, Tiranio Rufino explica artículo por artículo, en él se encuentra la referencia más antigua del credo en latín. En lengua griega hacia el 340 d. C., Marcelo, obispo de Ancira en Capadocia, se defiende de las acusaciones hechas en su contra de ser sabeliano (o patripacionista: herejía que decía que el Padre era quien había sufrido en la cruz) declarando su ortodoxia nicena (325 d. C.) y, como parte de su apología, alude al Credo Romano (Kelly, 1980, pp. 128-129; véase el Apéndice III).

Esto no debe conducir a la suposición de que los credos datan de ese tiempo, más bien hace constar que para entonces ya eran bien conocidos. Del siglo III se tiene el *Interrogatio de fide* (Cullmann, 1970, p. 80):

¿Crees de todo corazón en Dios, omnipotente, Padre, Creador de todas las cosas, visibles e invisibles?
–Creo.
¿Y en Jesucristo, su Hijo?
–Creo.
¿Qué nació del Espíritu Santo y de la Virgen María?
–Creo.
¿Y en el Espíritu Santo, en la Iglesia, una, santa y católica; en el perdón de pecados y en la resurrección de la carne?
Y Pelmacio (el bautizado) exclamó emocionado hasta las lágrimas: 'Lo creo, Señor'.

Tertuliano menciona algunos artículos del Credo en varios de sus escritos en latín (200-211 d. C.); también Hipólito (198-217 d. C.,

aproximadamente) en su *Tradición*, en griego —aunque solo se tiene una traducción al latín—, tiene un credo muy parecido al romano, redactado a modo de preguntas catequéticas. Por lo que la fecha de redacción final del Credo Romano tal como se atestigua en Marcelo y Rufino llegó a establecerse en la segunda mitad del siglo II (Kelly, 1980, pp. 106-155). Aunque se ha sugerido que el Símbolo Apostólico:

> … fue (*sic*) compuesto antes del año 100 por un sucesor de San Pedro, que tal vez fuera Evaristo. De Ahí se difundió a las provincias africanas y gálicas; llegó con Policarpo a Asia Menor y, a mitad del siglo III, con algunas añadiduras antiheréticas, a Siria y a Egipto (Kattenbusch, citado por Huber, 1949, p. 43).

El por qué no fue escrito antes, razón por la cual no se tienen textos más antiguos, es el siguiente: San Cirilo de Jerusalén escribe que no debía ser escrito en papel, "sino que en la memoria del corazón ha de ser grabado" (*Catequesis* V, 12; 348 d. C. aprox.), así también lo indica San Jerónimo (*Contra Johannem hierosolymitanum*, c.28; 360 d. C. aprox.):

> El símbolo de nuestra fe y esperanza, transmitido por los Apóstoles, no se escribe en tinta sobre papel, sino sobre las tablas carnales de nuestro corazón: luego de confesar la Trinidad y la unidad de la Iglesia, concluye el sacramento (*misterio=símbolo*) general de la doctrina cristiana con la resurrección de la carne (Huber, 1949, pp. 41-42).

A propósito, ¡cuánto ha hecho falta la memorización de la Escritura en nuestras iglesias! Hoy por hoy es fácil tener acceso a cualquier forma del texto, ya sea en las diferentes versiones de la Biblia, en aplicaciones para celular, o simplemente en las diapositivas de *PowerPoint* usadas en algunas iglesias. Parece que entre mayor acceso se tenga a la Escritura, más se va dejando de lado su memorización: ¡En dependencia a las *apps*, ya ni siquiera se conocen cuales son los libros de la Biblia ni su ubicación! Eso es la punta del iceberg apenas, nos encontramos ante un problema grave de analfabetismo bíblico. Es necesario, por tanto, regresar a la práctica de aprender porciones bíblicas. Los juegos como "esgrima" o "maratón" bíblico pueden ser útiles herramientas para lograrlo, ya sea en casa con la familia o en la Iglesia.

En fin, siglos más tarde, Lutero catalogaría al Credo como "un excelente resumen breve y preciso de los artículos de fe", mientras

Calvino expresaría que es "el resumen, o por así decirlo, epítome de la fe" (Lochman, 1984, p. 9). Pelikan y Hotchkiss (2003) bien resaltan que todos los cristianos, protestantes, anglicanos, católicos, de oriente y occidente, lo han validado en organismos ecuménicos…

> … tales como la Conferencia Mundial de Fe y Orden (Lausana 1917, y otra vez en Edinburgh 1937), donde fue aceptado, junto con el *Credo Niceno-constantinopolitano*, como declaración de fe de acuerdo con las enseñanzas de todos los participantes (p. 668).

En conclusión, el Símbolo ha sido parte del cristianismo por siglos. Presenta un claro compendio de la fe. Diversas iglesias, por el Espíritu, lo han aceptado. Tiene una función sumamente amplia por lo que es un deber para todo cristiano estudiarlo, conocerlo detalladamente, memorizarlo y aprehenderlo, considerando que expresa la doctrina hallada en la Escritura, siendo esta el testimonio que tenemos de nuestro Señor Jesucristo. ¡Por tanto, empecemos con nuestro estudio del dogma cristiano en el Símbolo!

El Símbolo apostólico

I. Creo en Dios Padre todopoderoso,
creador del cielo y de la tierra.
II. Y en Jesucristo, su Hijo unigénito,
Señor nuestro.
III. Que fue concebido por el Espíritu Santo
y nació de la virgen María.
IV. Padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado,
muerto y sepultado.
V. Descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos.
VI. Ascendió a los cielos,
está sentado a la diestra del Padre.
VII. De ahí vendrá a juzgar vivos y muertos.
VIII. Creo en el Espíritu Santo.
IX. La santa Iglesia católica,
la comunión de los santos.

X. El perdón de pecados.
XI. La resurrección de la carne.
XII. La vida eterna. Amén.

Para continuar la reflexión

1. Para iniciar, puedes escribir tu propio credo: haz una lista concisa de tus creencias doctrinales, por ejemplo: "Creo que Jesucristo es Dios". Luego entonces busca en la Biblia al menos 5 versículos o pasajes que sirvan de sustento, puedes usar una concordancia para encontrar palabras clave. Mantén tu mente abierta a la posibilidad de cambio en tus creencias a partir de lo estudiado en el texto bíblico; es decir, debes dejar que la Escritura efectivamente sea la fuente de tu doctrina, cuidando de no imponer tus presupuestos. No te preocupes en desarrollar un tratado de cada punto. Este es apenas el comienzo.
2. Si estás estudiando este libro en grupo, pueden hacer su credo juntos, ¡verán que es todo un ejercicio donde cada uno puede aportar muchísimo a la comprensión doctrinal de los demás!
3. Guarda tu credo y tenlo a la mano. Conforme avancemos puedes ir revisando tu escrito.
4. Generalmente, cada Iglesia posee un credo, le pueden llamar también "Estatuto doctrinal" o "Confesión de fe". En algunos sitios web de iglesias colocan la página: "En qué creemos". Consúltalo en donde te reúnes, pregunta a tu pastor o líder eclesial cuáles son los distintivos doctrinales de tu comunidad eclesial y compáralo con el credo que hiciste antes, seguramente te surgirán preguntas que podrás ir respondiendo conforme avancemos en este libro o con el grupo de estudio o Iglesia. Si tu Iglesia no tiene un credo, quizás puedas animar a los líderes y hermanos a establecerlo en conjunto.

CAPÍTULO 1

Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra

Creer

Una de las primeras críticas hechas al cristianismo fue expresada por el filósofo Celso en el siglo II. Él oponía la razón a la fe, acusando a los cristianos "de dejarse llevar por una fe que no se apoya en la razón y por una adhesión que no se fundamenta en el examen. Los cristianos únicamente 'creen'; de ahí también el nombre de 'creyentes'" (Vilanova, E. 1987, p. 52). Y aunque esta idea ha estado presente por siglos, y permanece hasta nuestros días, podemos decir junto con José Grau (1973) que "lo que es del todo inadmisible, desde el punto de vista bíblico, es la afirmación de que la fe sea ciega. La fe, bíblicamente entendida, tiene los ojos abiertos" (p. 52).

Así se ha comprendido la fe desde sus inicios, el Señor Jesús interrogaba a sus críticos y a sus discípulos por igual para llevarlos a reflexionar (Mt. 7:9-12, 16; 11:7ss; 12:11ss, 48; 16:15; 22:20; Mr. 8:36ss) y manda a escudriñar lo que la Escritura dice acerca de él: *"Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna;*

y ellas son las que dan testimonio de mí…" (Jn. 5:39). Pablo escribía a las iglesias para instruirles expresando que no quería que ignoraran tal o cual doctrina (por ejemplo, el misterio sobre el plan de Dios para Israel, Ro. 11:25; acerca del Éxodo, 1Co. 10:1; respecto a los que ya han muerto y la resurrección, 1Ts. 4:13), también los cuestionaba pedagógicamente con un: *"¿no saben que…?"* (1Co. 3:16; 5:6; 6:2, 9, 15, 19), e incluso les hacía ver que el orar y el cantar se hace con entendimiento (1Co. 14:15). Judas escribía llamando al cristiano a contender ardientemente por la fe que les fue dada (Jud. 3). Y Pedro ordenaba a los creyentes que estuvieran *"siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros"* (1Pe. 3:15).

De la misma manera, los Padres de la Iglesia reflexionaron y dieron respuesta a las críticas como las de Celso. Orígenes específicamente le respondería:

> … nuestros adversarios no hacen más que hablar de nuestra fe como de algo irracional, pero ellos también *creen*. Pues, ¿cómo se hace para adherirse a una determinada escuela filosófica? La elección no viene después de haber estudiado todas las escuelas de filosofía. ¿Qué quiere decir confiarse? Es así en el mundo del pensamiento y de la acción, es decir, en la vida práctica. Aquí también nos dejamos llevar por la confianza y la esperanza. Uno que va a navegar, que va a cultivar la tierra, que se va a casar, ¿no se dejará llevar en último término por la fe en el mar, en la tierra, en la esposa? Así toda vida humana está sostenida por la confianza, por la fe. Y —prosigue Orígenes— aquí se trata de una confianza en los asuntos humanos. Es más razonable aún poner la confianza en Dios y en aquel que nos ha enseñado a adorar solo a Dios, Jesucristo (Vilanova, 1987, pp. 171-172).

Siglos más tarde, San Anselmo de Canterbury haría evidente la relación entre la razón y la fe con su frase *Fides quarens intellectum*: la fe inquiere en el intelecto. Es decir, la fe busca comprender, pero no se trata de un comprender para creer; sino que, puesto que se cree, se debe comprender plenamente esa fe: *"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se glor*íe" (Ef. 2:8s). La fe es primeramente dada por Dios mismo y es necesario que la escudriñemos.

Pensemos en aquello que comprendimos cuando el Evangelio nos fue presentado por vez primera, ¿qué fue aquello en lo que creímos? No fue que comprendiéramos el misterio de la Trinidad o de la Encarnación y que, por lo tanto, entonces hubiéramos creído. No, sino que lo esencial fue que debido a nuestro pecado merecíamos morir, mientras que Dios había dado a su Hijo unigénito por amor a nosotros, que él tomaba nuestro lugar en la cruz y nos concedía el perdón de pecados y la salvación. Quizás Romanos 5:8 lo resume puntualmente: *"Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros"*. Este anuncio básico, elemental, fue el contenido de toda nuestra creencia. Sin embargo, al ir leyendo la Escritura, nuestro conocimiento fue creciendo. Así que esa fe que teníamos fue desarrollándose en la comprensión cada vez mejor de la doctrina. Por eso, porque creemos buscamos comprender.

En la Escritura se compara la vida cristiana con la vida biológica. De los nuevos cristianos corintios, dice Pablo (1Co. 3:1ss): *"les di a beber leche y no vianda; porque aún no erais capaces"*, pero aún después de cinco años estos seguían siendo rebeldes, comportándose como infantes todavía. De igual manera se expresa en Hebreos 5:12-14:

> *Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios, y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.*

En 1 Pedro 2:2 se insta a los nuevos creyentes a ahondar en la fe: *"Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación"*. En ello se observa el crecimiento en la fe que debe tener el creyente. Qué triste es ver cuando un niño no crece como debería por falta de nutrientes, su crecimiento se va estancando, se va quedando pequeñito y se vuelve enfermizo… Esa misma es la condición del creyente que no crece en su fe.

Por lo mismo, nuestra búsqueda constante ha de ser comprender lo que hemos creído: eso fortalecerá nuestra fe y nos permitirá crecer

hacia la madurez en Cristo. Esta se observará en la interacción que tengamos con nuestro contexto histórico-social. En otras palabras, la comprensión del dogma moldea la ética cristiana (véase el Apéndice IV).

Ahora bien, el "yo creo" no debiera ser un "me parece" o un "yo opino" o un "para mí significa…", tampoco un "yo creo que", como si fuera una mera opinión entre muchas otras que tiene posibilidad de ser verdad. Esto debe quedar claro, sobre todo en un ambiente posmoderno que declara que no hay verdades absolutas: "Si tú crees eso, bien por ti". Ello está en total oposición al cristianismo. Tampoco es un "yo creo a", sino un "yo creo en", y no se trata de un "yo creo en la fuerza", como en *Star Wars*, o "yo creo en el cosmos" o "el bien", sino un "yo creo en Dios Padre", "yo creo en Jesucristo, su Hijo", "yo creo en el Espíritu Santo". Lo cual implica, no solo el testimonio de la Escritura (de la cual puede decirse "yo creo a"), sino comunión con las personas de la Trinidad. Creer implica comunión. Creemos en la persona del Padre, en la persona del Hijo, en la persona del Espíritu. Por ende, solo el cristiano pueda decir "yo creo en Dios" sin duda alguna, puesto que goza de comunión con él.

Otro aspecto es que el creer define el ser: *"Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio la potestad de ser hechos hijos de Dios"* (Jn. 1:12; cf. Gá. 4:4-7). El creer es una cuestión ontológica no solo gnoseológica. Así, en la Escritura, la humanidad se divide tan solo en justos e injustos (en el Antiguo Testamento), creyentes e incrédulos (en el Nuevo Testamento). El creer se fundamenta en la comunión, y esta comunión es con un Ser concreto, manifestada en la relación entre todos los creyentes. Para ahondar en el concepto de 'creer', Karl Barth (2000) explica que el término implica tres aspectos: el conocer, el confiar y el confesar (pp. 22-43).

Conocer

Esto no debe entenderse en un sentido gnóstico, como si se tratara de un conocimiento al cual solo algunos, los iluminados, pueden acceder por la vía mística o por éxtasis. No es un conocer meramente intelectual, al que irónicamente ciertos estudiantes apelan tras haber cursado quizá una licenciatura en Teología, maestría o incluso doctorado, renegando de la fe indicando que "se dieron cuenta de la falsedad" de

esta. A la inversa de lo que expresaba San Anselmo, buscaron conocer para entonces creer; por vía de la razón aislada de la fe. El conocer, más bien, sigue al creer. Y no es que ese creer sea un salto al vacío, ese creer tiene su fundamento racional.

Se puede pensar, como vimos anteriormente, en aquel momento en el que escuchamos por vez primera el Evangelio de salvación. No comprendíamos exactamente qué significaba el concepto Trinidad, o la doble naturaleza y voluntad de Cristo, o conceptos tales como *kenosis*, preexistencia, *homoousious*, *kerigma*, ni siquiera estábamos cerca de considerar la obra del Espíritu Santo habitando en nosotros. Lo que sí podíamos comprender plenamente era que Dios nos amaba tanto que dio a su Hijo unigénito, y que él, Jesucristo, tomó nuestro lugar en la cruz, pagando por nuestro pecado para que nosotros no pasáramos por ese sufrimiento alejados por siempre de Dios. Conocimos entonces el amor de Dios en su Hijo Jesucristo que nos salva. Y eso era suficiente.

De modo que este conocimiento es relacional. No es conocer algo, sino a alguien, al totalmente Otro —diría Barth—, a Dios. Este conocerle es posible porque él mismo se ha dado a conocer por el Hijo: *"A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Dios, el que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer"* (Jn. 1:18, traducción mía). De ahí que el concepto de conocer tan solo a nivel intelectual sea insuficiente.

La clave del conocimiento que se aborda aquí es relacional: *"Si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo. Pero si alguno ama a Dios, es conocido por él"* (1Co. 8:2-3). El creyente ama a Dios, y cuando se esperaría que entonces el creyente lo conoce, tenemos el inesperado cambio del Apóstol Pablo: *"es conocido por él"*. La seguridad del creyente no parte nuevamente del conocimiento teológico, sino que se fundamenta en que Dios lo conoce a él, en una relación abierta, hecha posible por el Hijo.

Confiar

Siguiendo la idea anterior, aquel conocer a Dios implica necesariamente confiar en él. Me agrada una ilustración muy común sobre este punto: imaginemos a un equilibrista profesional que extiende una cuerda floja de la cima de un edificio a otro. La distancia entre uno y otro es de 50 metros, y la altura a la que se encuentra es de 30 pisos.

El equilibrista grita desde lo alto: "¿Cuántos creen que pueda caminar sobre esta cuerda hasta el otro edificio?". La gente lo conoce. La mayoría del público asiente eufórica. Entonces el equilibrista gira hacia ti y viéndote directo a los ojos, te pregunta: "¿Tú crees que puedo cruzar caminando por esta cuerda hasta el otro lado?". Sabiendo que se trata de un profesional circense mundialmente reconocido, respondes afirmativamente. "¡Entonces súbete en mi espalda, vamos a cruzar juntos!". Aquí es donde se demostrará la confianza, el creer.

De la misma manera, la fe implica más que un mero conocimiento intelectual. La fe requiere confiar. Entre más conocimiento se tenga de la persona de Dios, la confianza será más amplia. Dios ha mostrado ser fiel a sí mismo, y a su palabra: *"Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él; si sufrimos con él, también reinaremos con él; si le negáremos, él también nos negará; si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo"* (2Ti. 2:11s). Su bondad y su amor se muestran día a día. La fe crece según la relación que gocemos con él. Esto también es la fe, confiar en aquel que conocemos.

Confesar

Si se conoce a Dios y se confía en él, la confesión es lo obvio. La confesión es el reconocimiento externo del conocimiento interno que se tiene de Dios. La fe se confiesa, se demuestra. Y esta confesión se realiza con todo el ser, con el pensamiento, el habla, la conducta. Existe una congruencia entre el conocer a Dios y el modo de vivir, la obediencia.

En ese sentido, 1 Juan 2:3-4 expresa: *"Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él"*. El 'guardar' en la Escritura tiene la connotación de poner en práctica, de obedecer. En este sentido, la fe y la práctica son inseparables. Por ello Dietrich Bonhoeffer expresaría el aforismo: Creer es obedecer, obedecer es creer. No se puede separar lo uno de lo otro. Por eso, el pasaje de 1 Juan 2:5 continúa: *"pero el que guarda su palabra, en este verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por eso sabemos que estamos en él"*. Siguiendo la expresión inicial "yo le conozco", uno esperaría aquí, en relación con el que guarda u obedece la palabra de Cristo, la expresión: "en este verdaderamente el conocimiento

de Dios se ha perfeccionado"; sin embargo, el autor hace un cambio bastante claro: *"en este verdaderamente* el amor *de Dios se ha perfeccionado"*. En lugar del conocimiento está el *amor*. Se entiende entonces también aquí que el conocer se encuentra en el ámbito relacional, de la comunión, del amor. Por tanto, 1 Juan 2:6 concluye: *"El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo"*. Hallamos algo más aquí, el conocer a Dios es permanecer en él. Es decir, es una acción constante, continua.

Bíblicamente no es posible hablar de alguien que creyó y en determinado momento dejó de hacerlo: se cree o no se cree. Se puede tener en mente algún conocido, quizá aquel que realizó "la oración del pecador" o aquella persona que se bautizó la misma vez que uno lo hizo, y que después de algún tiempo abandonó la Iglesia y regresó a su mismo estilo de vida pecaminosa anterior a ello. La pregunta que se hace en estos casos, por lo general expresada con estupefacción, es: "¿Qué sucedió?". A lo cual se responde que dejó de creer. Pero la verdadera pregunta no es si creyó o no, sino *en qué* creyó. La respuesta es que no ha creído en el Señor, nunca creyó en él. Por eso adelante, 1 Juan 2:19 declara acerca de los que niegan al Hijo, al Señor Jesucristo: *"Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros"*. Tales personas pudieron haber creído en "otro Evangelio", como los gálatas a los que Pablo reprende (Gá. 1:6-9):

> *Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema…*

Quizá creyeron en un Cristo a su imagen o la imagen del predicador, pero no en el Cristo que la Escritura testifica. Y ahí la gran responsabilidad nuestra de comunicar —confesar— correctamente la fe cristiana.

Finalmente, el "yo creo" del Símbolo, se expresa en primera persona del singular, es decir, es la confesión de un posicionamiento personal, pero esta es expresada por toda la Iglesia. El Símbolo se expresa en comunidad. Decimos el Símbolo junto con los cristianos de todos los

lugares y de todos los tiempos. El Símbolo es la confesión de la comunión de la Iglesia con su Señor.

Dios Padre

Ahora sí, habiendo aclarado qué es creer, hablemos de aquel en quien creemos: Dios Padre. Comenzamos diciendo que Dios es trascendental.

Dios

El intelecto humano no es capaz de comprenderlo totalmente, pues él es:

> *"el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén"* (1Ti. 6:15s; cf. Jn. 1:18).

A esto se le conoce como teología apofática. Ioannis D. Zizioulas (2003), el gran Patriarca ortodoxo griego, explica:

> … somos incapaces de usar los conceptos de la mente humana o de la creación para hablar de Dios, que es la verdad. La alteridad absoluta del ser de Dios, que se encuentra en el corazón de la teología bíblica, es afirmada de tal manera que el planteamiento bíblico de Dios contrasta enormemente con el de los griegos. La teología apofática rechaza la visión griega acerca de la verdad, resaltando que lo que nosotros conocemos acerca del ser —es decir, acerca de la creación— no debe ser ontológicamente identificado con Dios. Dios tiene una existencia simple, imposible de conocer, que resulta inaccesible a todos los seres y es completamente inexplicable, *porque él está más allá de la afirmación y de la negación*. Por lo tanto, la verdad se encuentra más allá de la elección entre afirmación y negación (p. 102).

Además, aclara:

> El sentido más profundo de esta idea se basa en separar la verdad de una fallida en la que se impone una elección entre lo 'verdadero' y lo 'falso'. Esto es esencial a la hora de mantener la identificación de la verdad con

> Dios mismo, ya que Dios existe más allá de la posibilidad entre lo 'verdadero' y lo 'falso'. En un profundo pasaje (*Amb.*; PG 91, 1296C), Máximo hace precisamente esta aclaración sobre la verdad: el Logos es υπερ αληθειαν [más allá de la verdad] porque no existe nada que pueda ser examinado junto a él y en comparación con él, mientras que la 'verdad' de la que tenemos experiencia se opone a la 'falsedad' (Ibid.).

El mismo autor señala que esto no implica un agnosticismo, más bien: "El objetivo principal de esta teología es apartar la cuestión sobre la verdad y el conocimiento del dominio de las teorías ontológicas griegas para situarla dentro del ámbito del *amor* y la comunión" (Zizioulas, 2003, p. 104). Aspectos que veremos precisamente en cuanto a la persona de Dios Padre.

Surge, entonces, la pregunta sobre cómo se puede conocer a Dios. San Anselmo (1970) lo planteó en su *Proslogion*, capítulo XVI, lo siguiente:

> Verdaderamente, Señor, es una luz inaccesible aquella en la que habitas, pues ningún otro puede penetrar en ella para verte completo. Yo no la veo, porque es excesiva para mí y; sin embargo, lo que veo, por ella lo veo; como el débil ojo lo que ve lo ve por la luz del sol, aunque al mismo sol no pueda mirar. No puede mi entendimiento mirarla. Brilla demasiado; no llega a ella, ni soporta mucho tiempo el ojo de mi alma el avizorarla. Ciega con su fulgor, vence con su grandeza, abruma con su inmensidad, confunde con su extensión. ¡Oh, suma e inaccesible luz! ¡Oh, entera y feliz verdad, qué lejos estás de mí que estoy tan cerca de Ti! ¡Qué distante estás de mi mirada que tan presente está a la tuya! Estás presente y entera en todas las partes y no te veo. En Ti me muevo y en Ti soy, y a Ti no puedo llegar. Dentro de mí y cerca de mí estás, y yo no te siento (p. 60).

Es Dios mismo quien ha querido darse a conocer, a través de: 1) su creación por su Palabra, 2) la Palabra encarnada, Jesucristo su Hijo unigénito y, 3) su Palabra escrita. En teología propia se le conoce como Revelación general (1) y específica (2 y 3). Jesucristo, la Palabra encarnada, es la máxima revelación de Dios, pues es el Hijo quien revela o explica al Padre (como vimos arriba en Jn. 1:18; cf. 6:46; cf. Heb. 1:1-3) y es el Espíritu quien nos conduce a conocer al Señor Jesucristo (1Co. 12:3-6). Es el Padre en su Hijo por el Espíritu quien nos llama a

la comunión con él. Esta es la comunión de la Trinidad, comunión de la que el cristiano es hecho partícipe.

Antes de continuar con el enunciado, es necesario presentar al menos una somera explicación del concepto del Dios trino.

Dios en tres personas

La revelación en la Escritura nos muestra un Dios en tres personas: Dios Padre, Jesucristo el Hijo y el Espíritu Santo; en el cual no existen jerarquías. Dios se revela así al ser humano. Si bien en el NT no se emplea el término Trinidad, ya su concepción se encuentra allí (cf. Mr. 1:9-11; Mt. 28:19; Jn. 14:16-17, 26; 15:26; 16:12-15; 1Co. 12:3-6). Entre el 180 y 190 d. C. San Ireneo de Lyon (2000) explicaría, aun sin emplear el término Trinidad, esta diferenciación entre las personas divinas a partir del nombre de Cristo, Ungido (p. 329):

> Pues en el mismo nombre de Cristo se suponen uno que ungió, el que fue ungido y la unción misma con la que fue ungido. Lo ungió el Padre, fue ungido el Hijo, en el Espíritu Santo, que es la unción; como dice la expresión de Isaías: 'El Espíritu del Señor sobre mí, por eso me ungió' (Is. 61; Lc. 4:18). Con estas palabras señaló al Padre como 'el que unge', al Hijo como 'el ungido', y 'la unción', que es el Espíritu Santo (*Ad. Haer.* III 18, 3).

También expresa (ibid., p. 409):

> El hombre no verá a Dios por sí mismo; pero Él, si lo quiere, se dejará ver de los hombres: de aquellos que él quiera, y cuándo y cómo quiera, porque Dios es omnipotente. Por medio del Espíritu se dejó ver proféticamente; por medio del Hijo se dejó ver según la adopción; se hará ver según su paternidad en el reino de los cielos: el Espíritu prepara al hombre para el Hijo de Dios, el Hijo lo conduce al Padre, el Padre concede la incorrupción para la vida eterna, que a cada uno le viene con la visión de Dios (*Ad. Haer.* IV 20, 5).

El concepto del Dios trino se halla en la misma Escritura, aunque el término Trinidad no se encuentre en ella. Este dogma fue desarrollado y precisado durante un largo proceso. El primero en utilizar el término

Trinidad en latín fue Tertuliano (160-220 d. C.). En su obra *Adversus Praxeam* "hablará de un Dios unido, más que de un Dios único…" (Rondet, 2008, p. 48). Esta unidad se hace evidente en la diferenciación de las personas. Los Concilios ecuménicos lo explicaron posteriormente (puede consultar los Credos resultado de estos Concilios en el Apéndice V). De manera que se puede hablar de Dios en tres personas o de una Trinidad, mas no de tres dioses. Esto implica la comunión de las tres personas, lo cual denota que la comunión pertenece a la sustancia de Dios Padre en cuanto persona.

El Padre

Dios trasciende la sexualidad, no es varón ni mujer, pero evidentemente hay cualidades análogas, tanto el varón como la mujer han sido creados a imagen de Dios (Gn. 1:27). En algunas porciones de la Escritura, Dios demuestra características propias de una madre: *"¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti"* (Is. 49:15); o *"Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros"* (Is. 66:13). No obstante, Dios se presenta de manera común como Padre.

En el Antiguo Testamento, primeramente, Dios es Padre de Israel, su pueblo: *"¿No es él tu padre que te creó?"* (Dt. 32:6). Dios lo formó: *"Yahweh, tú eres nuestro padre"* (Is. 64:8). Por ello lo cuida: *"Y dirás a Faraón: Yahweh ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo…"* (Éx. 4:22s; cf. Jer. 31:9); lo ama: *"Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo"* (Os. 11:1), y demanda de él obediencia: *"El hijo honra al padre, y el siervo a su señor. Si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra?"* (Mal. 1:6). Pero también se presenta como *"Padre de huérfanos y defensor de viudas, es Dios en su santa morada"* (Sal. 68:5), de esta manera muestra su amor por los de condición social precaria.

Sin embargo, en el Nuevo Testamento, principalmente, Dios es Padre en cuanto a su Hijo: *"… el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios"* (Lc. 1:35); *"… vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre…"* (Jn. 1:14, cf. 1:18). Esto nos lleva nuevamente al concepto de comunión (Zizioulas, 2003, p. 82):

> La supervivencia de una unidad personal es posible para Dios no en virtud de su sustancia, sino de su existencia trinitaria. Si Dios Padre es inmortal, es porque su identidad única e irrepetible como Padre se distingue eternamente de aquella del Hijo y de aquella del Espíritu, que le llaman "Padre". Si el Hijo es inmortal, lo debe principalmente no a su sustancia, sino a su ser el "unigénito" (nótese aquí el concepto de unicidad) y su ser aquel en quien el Padre "se complace". Igualmente, el Espíritu es "dador de vida" porque es "comunión" (2Co. 13:14).

Dicho de otra forma: ¿qué se requiere para ser padre? Un hijo. De manera que, si Dios es Padre eterno, es precisamente por el Hijo eterno. Luego también se tiene que el Espíritu del Hijo es el Espíritu del Padre, y de allí la plena comunión intratrinitaria. ¡Y aún más, es precisamente a esa comunión a la que nos llama a través de su Hijo! Dios es Padre de todo el que cree en el Hijo (Jn. 1:12s). Es por Jesucristo, y solo por él, que el ser humano puede gozar de esa comunión con Dios Padre y con el Espíritu Santo (Jn. 1:18; 14:6; Gá. 4:6-7).

Esto implica que somos morada tanto del Padre, como del Hijo y del Espíritu:

> *Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: El Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros* (Jn. 14:15-17).

Jesús había prometido la venida del Espíritu y su habitación en el creyente: véase la preposición *en* al final del versículo 17. Luego en el versículo 23, repite la misma condición: *"El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él"*. Tanto el Padre como el Hijo harán "morada *con* él". Tenemos vida eterna por el conocimiento del Padre y del Hijo: *"Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado"* (Jn. 17:3), en tanto que tenemos comunión por el Espíritu: *"Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, El Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí"* (Jn. 15:26). Somos guiados por el Espíritu y es él quien nos testifica que somos hijos de Dios:

> *Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios"* (Ro. 8:14-16).

Por tanto, debemos obedecerle: *"Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados"* (Ef. 5:1; cf. 1Jn. 5:2; 1Pe. 1:13–2:3), sabiendo también que seremos semejantes a él: *Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es* (1Jn. 3:2).

Todopoderoso

Por lo general, se acepta que el término griego παντοκρατωρ (*pantocrátor*) traduce el hebreo *sebaot*. "La mayoría de investigadores entienden *sebaot* como un plural abstracto intensivo (a la manera de *esot*, 'verdadera prudencia', *deot*, 'saber profundo', etc.)", también la Septuaginta (LXX) traduce "*el sadday* por παντοκρατωρ" (Balz y Schneider, 2005, II, p. 700). Implica su poder soberano:

> Esta palabra, que significa "el todopoderoso", "el gobernante de todas las cosas", se usa ocasionalmente para los dioses… En el NT viene después de una serie de citas del AT, en 2 Corintios 6:18, y el Apocalipsis la usa para Dios (o Cristo) en 1:8; 4:8; 11:17; 15:3; 16:7, 14; 19:6, 15; 21:22. La referencia es a la supremacía universal de Dios, pero en sentido estático si se compara con el sentido más dinámico de omnipotencia (Kittel, 2003, p. 459).

Esto debe ser bien entendido, pues es común ceder a una idea extraña de un "todopoderoso" ajeno a la revelación en la Escritura o caer en un providencialismo, que supone Dios dictamina todo lo que ocurre en la vida de las personas acabando por completo con la responsabilidad del ser humano. Por ello es necesario comprender adecuadamente la dinámica entre Dios y su creación.

Creador del cielo y de la tierra

Afirmamos, sin duda alguna, que Dios es creador. Esta es una expresión de fe, el cómo fue llevada a cabo la creación, queda en el misterio de Dios pues ninguno estuvo presente para registrarlo. Y puesto que es misterio, la total comprensión de la creación queda velada para nosotros, aunque podemos hacer intentos para tratar de entender lo que nos ha sido revelado. Por eso se han postulado varias concepciones acerca de la creación como veremos enseguida.

La creación

La noción más conocida que se tiene al respecto es la de la creación *ex nihilo*, o de la nada. Indica que todo fue creado de la nada por Dios. Dios creó la materia con la cual hizo el universo. Se sustenta en diversos pasajes (Gn. 1:1–2:25; Jn. 1:3; Col. 1:16-17; Heb. 11:3). J. Olliver Buswell Jr. (citado en Harrison,1985) comenta:

> Existe una *importancia teológica* de gran peso en relación con la cosmogonía bíblica. Si Dios no es el creador absoluto de todo cuanto existe, sin excepciones, entonces, él no es soberano en su sentido absoluto. Si la sustancia de la que se hizo el universo no ha sido creada por Dios, entonces es coeterna con Dios. Luego, Dios al hacer el universo estaba limitado a las posibilidades de la sustancia con la que él tenía que trabajar (p. 127).

La segunda interpretación que prácticamente ya ha sido descartada casi por completo es la del *lapso*, aunque todavía encuentra espacio en algunos ámbitos evangélicos. Parte de una eiségesis realizada entre los versículos del Génesis 1:1, *"En el principio creo Dios los cielos y la tierra"*, y 1:2, *"y la tierra estaba desordenada y vacía"*. Expresa que el versículo 1 se refiere a una creación anterior al versículo 2:

> Según este concepto la creación original de Génesis 1:1 fue no solamente perfecta y bella, sino también poblada de plantas y animales (algunos también dicen que posiblemente con hombres preadámicos). Entonces, en el espacio entre los versículos 1 y 2 Satanás se rebeló contra Dios, e introdujo así el pecado en el universo. El juicio de Dios abarcó un diluvio global seguido por oscuridad y una edad de hielo en la cual toda vida vegetal, ani-

> mal y humana (si existía) fue destruida. Así los fósiles que se encuentran hoy en día provinieron de este juicio sobre la creación original a causa del pecado de Satanás. El versículo 2 retrata el estado de cosas que resultó de este juicio. Los seis días de la creación, entonces, describen una recreación, restauración o restitución, no la creación original (Ryrie, 1993, 207).

La Biblia Scoffield presenta esta interpretación en su comentario, el cual casi ha sido incorporado al texto bíblico por los fundamentalistas, como si formara parte de la inspiración, una verdad absoluta.

La tercera interpretación del acto creador de Dios es la de los *días edades*. Los días descritos en Génesis 1 no son días solares de 24 horas, sino edades. Parten de 2 Pedro 3:8 (*"para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día"*) combinado con Hebreos 4, que habla del día de reposo como un período largo de tiempo. De esta manera, indican que la creación habría sido hecha durante miles de años. La problemática de esta interpretación y la anterior es que mezclan pasajes de aquí y de allá, haciendo una melcocha, tratando de cuadrar textos sin considerar su contexto. Lo cual, "checa, pero no cuadra".

Una cuarta opción es la llamada *días literales*. La mayoría de los cristianos en Latinoamérica, sobre todo aquellos que siguen la teología norteamericana fundamentalista, interpretan el relato de Génesis respaldándolo con un cálculo de las genealogías bíblicas.

> El antropólogo católico inglés Humprey John Thewlis Johnson (1890-?), escribiendo en 1923, resumió la posición que había sido corriente en Occidente hasta comienzos del siglo XIX. Moisés vivió en el siglo XV a. C. El diluvio universal de Noé había ocurrido menos de un milenio antes. La creación de Adán y Eva tuvo lugar poco más de 16 siglos antes del diluvio. Por lo tanto, la creación podía calcularse como ocurrida unos 40 siglos antes del nacimiento de Jesús. Esto fue precisamente lo que calculó James Ussher en el siglo XVII, es decir, que la creación de todas las cosas, incluyendo los seres humanos, ocurrió en el 4004 a. C. (Garrett, 2006, p. 429).

Esta postura fundamentalista es la que científicos como Stephen Hawking critican y no dudan en ridiculizar (véase, por ejemplo, el video de su lectura: "El origen del universo", en Gravitationalist, 2007, donde retoma los datos de Ussher).

Otros indican, junto con John C. Whitcomb (1994) que "la creación involucró una apariencia superficial de historia" (pp. 36-41). Esta noción responde a los hallazgos científicos, queriendo conciliar los resultados de la investigación geológica con el texto bíblico. El problema con estas interpretaciones es que, o pretenden sacar ciencia de la Biblia o meter ciencia a la Biblia. Esa es la falla en organizaciones como *Answers in Genesis*, que incluso se atreven a construir un Arca museo, con la intención de convertir a los ateos demostrando, según ellos, la veracidad de la Escritura, pero al hacer esto distorsionan el mensaje del Génesis reduciéndolo a un mero recuento cronológico, que como diría N. T. Wright, es casi perverso (Clases de Biblia y Teología, 2018).

En quinto lugar, y en oposición a lo anterior, se tiene la interpretación del texto como *narrativa teológica*, la cual es la que más se apega a la intencionalidad del pasaje. El Génesis no busca satisfacer toda curiosidad humana acerca de su origen. Tampoco es un texto de historia ni un tratado científico. Es un texto teológico que nos muestra quién es Dios y quién es el ser humano ante él. Von Rad (2008) escribe:

> La fe en la creación ni es el origen ni es la meta de los enunciados contenidos en Gn. 1 y 2. Tanto el Yahwista como el Sacerdotal se atienen más bien a la fe en la salvación y en la elección. Pero apuntalan esta fe mediante el testimonio de que ese Yahwé de la alianza con Abraham y de la alianza sinaítica es también el creador del mundo. Pese a toda esta asombrosa concentración sobre objetos particulares de la fe en la creación, esta parte, este como pórtico, solo debe desempeñar dentro del conjunto un papel instrumental. Muestra el camino que Dios siguió con el mundo hasta la vocación de Abraham y la constitución de la comunidad, de tal modo que Israel partiendo de la posición ya dada desde la elección, pudiese en la fe contemplar retrospectivamente la creación, y desde aquí considerar la línea que va desde el límite extremo de lo protológico hasta el centro mismo de lo soteriológico (p. 54).

También existe una interpretación poco conocida que es la *filosófico teísta*. Pierre Teilhard de Chardin, geólogo, paleontólogo y teólogo jesuita, presentó lo que algunos han catalogado como evolución teísta. Su propuesta se dio en diálogo con la teoría de la evolución de Darwin, siendo Teilhard parte del equipo que encontró el Hombre de Pekín.

Sin embargo, su interpretación va más allá que el mero proceso físico o materialista del concepto de evolución. Trasciende de la biósfera a la noosfera de acuerdo con la ley de la complejidad-conciencia: esto expresa que conforme el ser vivo evoluciona en un ser cada vez más complejo biológicamente, también evoluciona en la esfera de la capacidad intelectual y, aún más, en lo que es la conciencia. Esta evolución logra su devenir por el medio divino:

> *Milieu* asume tres significados sucesivos, de los que solo el tercero es totalizante: *a)* ante todo, *milieu* significa *ambiente,* lugar, ámbito en el que existe o sucede algo; *b)* además, *milieu* significa *médium,* aquello por lo que, o a través de lo cual, existe o sucede algo: significado *día-fónico* y mediador; *c) y* finalmente, *milieu* significa *centro,* centro de, y centro que está por doquier: significado totalizante. Es decir, Dios, a quien tratamos de asir a tientas con nuestras vidas, está en torno a nosotros (primer significado); penetra el universo como un rayo penetra un cristal (segundo significado); Dios nos espera en todas partes, en cuanto que él es el centro que hace sólido el mundo, el centro que ocupa toda la esfera, el centro que tiene el poder absoluto y último de reunir y completar a todos los seres, el punto extremo hacia el cual converge toda la realidad (tercer significado). El medio divino es, pues, el universo en cuanto movido y copenetrado por Dios en la totalidad de su evolución (citado en Gibellini, 1998, p. 191).

Se trata de un panenteísmo, Dios en todo (mas no panteísmo: Dios es todo, todo es Dios), alcanzado por el Cristo cósmico o universal:

> Entonces, probablemente, sobre una creación llevada al paroxismo de su proclividad a la unión, tendrá lugar la Parusía. El único proceso de asimilación y de síntesis que se desarrollaba desde el origen de los tiempos se revelará al fin. El Cristo universal surgirá como un relámpago en medio de las nubes del mundo lentamente consagrado. [...] En ese momento, dice San Pablo, [...] él consumará la unificación universal [...]. Así se verá constituido el complejo orgánico: Dios y mundo, el *Pléroma,* realidad misteriosa que no podemos considerar más bella que Dios (puesto que Dios podía pasar sin el mundo), pero que no podemos ni siquiera imaginar como absolutamente gratuita, absolutamente accesoria, si no queremos hacer incomprensible la creación, absurda la pasión de Cristo y carente de interés nuestro esfuerzo (Gibellini, 1998, p. 190).

Teilhard contempla así a Cristo como el Alpha y la Omega. Su pensamiento fue criticado por la Iglesia Católica Apostólica Romana, y claro, también por la mayoría de evangélicos. Con todo, abordó la cuestión acerca de la creación desde una perspectiva totalmente diferente.

Finalmente, es necesario precisar que la creación descrita en Génesis no es un mito. A pesar de que se puedan establecer ciertos paralelismos con los mitos de otras culturas en el entorno de Israel, el mismo texto nos muestra que no hay nada mitológico en él:

> El autor… cuando escribe de este proceso creador no se sitúa en ningún otro plano que no sea aquel que la fe puede experimentar y expresar en lo temporal. Téngase esto bien presente: se nos ofrece un relato de la creación en el cual el sujeto creador únicamente aparece en escena en cuanto es experimentable por la fe como voluntad creativa orientada hacia el mundo, pero por lo que atañe a su esencia, esa aparición carece por completo de aspectos míticos. Asimismo, P resiste la tentación de describir lo que propiamente es el acto creador. Por tanto, no se puede hablar de una dependencia de este relato respecto a mitos extraisraelitas más que en un sentido restringidísimo. Sin duda, resuenan en él algunas nociones que eran ostensiblemente patrimonio común del pensamiento cosmológico del antiguo Oriente, pero fueron filtradas teológicamente por P de tal modo que apenas tienen ya en común poco más que palabras… Nunca podremos asombrarnos demasiado al considerar el potente vigor que precisó Israel para hacer posible su segregación respecto a todo aquel conjunto de ideas religiosas, y que le capacitó para hablar de manera totalmente distinta sobre la relación de Dios con el mundo (Von Rad, 2008, pp. 76-77).

Bueno, ¿y qué podemos decir respecto a los datos científicos?

> Las ciencias naturales pueden darnos ocupación con su concepción de la evolución, pueden contarnos los millones de años en que se ha llevado a cabo el continuo devenir del cosmos; pero ¿cuándo habrían podido llegar las ciencias naturales al hecho de que existe un mundo que pasa por esa evolución? Una cosa es la continuación, y otra totalmente diferente ese comienzo absoluto con el que se relaciona el concepto de creación y de creador. Por eso se incurre ciertamente en un error fundamental cuando se habla de *mitos de la creación*. Un mito solo puede ser, en el mejor de los casos, un paralelo de la ciencia exacta, por cuanto el mito tiene también

> que ver con la consideración de lo que existe desde siempre y existirá siempre (Barth, 2000, p. 62).

No podemos más que maravillarnos por la magnífica creación de nuestro Dios, esa creación que *"cuenta la gloria de Dios"* (Sal. 19:1), que hace evidente *"su poder y deidad"* (Ro. 1:20), y que debe llevarnos a glorificar a nuestro Dios, con total humildad y agradecimiento por la vida que nos concede cada segundo: *"Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras; estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien"* (Sal. 139:14).

El ser humano

El ser humano es creación de Dios. Con el resto de lo creado comparte la tierra con la que fue modelado, lo cual nos relaciona enteramente con la naturaleza. Pero hay algo que distingue al ser humano del resto de los seres creados, esto es, la imagen de Dios en él:

> *Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó* (Gn. 1:26-27).

El ser humano, hombre y mujer, fue creado a imagen de Dios. Existen también varias interpretaciones al respecto (se sigue aquí algo de lo expuesto por Garrett, 2006, pp. 416-425; se recomienda acudir a ese excelente resumen para obtener referencias de obras clásicas representativas de cada postura interpretativa). Demos un vistazo a cada una de ellas, a fin de comprender mejor esta noción teológica.

La imagen de Dios se ha interpretado como *forma y figura*. Nuevamente, en diálogo con la cosmovisión evolucionista, esta declaraba que la forma y figura del ser humano era la imagen de Dios. Es decir, la imagen de Dios se observaría en que el ser humano camina erguido en dos extremidades, a diferencia de todos los demás animales. Por supuesto, tal interpretación se queda muy lejos de lo revelado en la Escritura.

Otra interpretación se concentra en el *señorío* del ser humano como imagen de Dios:

> … así como los grandes reyes de la tierra hacen erigir una estatua suya como distintivo emblemático de su voluntad de su soberanía, en aquellas provincias de su reino a las que no van personalmente, así también el hombre con su semejanza a Dios ha sido puesto en la tierra como signo de la majestad divina (Von Rad, 2008, p. 70).

El teólogo anglicano, N. T. Wright, ubica este ser humano, creado a imagen de Dios, en el centro del relato, en el centro del Templo cósmico que Dios crea para sí. Si la creación nos va describiendo la construcción de ese lugar creado para la gloria de Dios, a manera de Templo, lo que prosigue es que allí se coloque la imagen de aquel Dios. Así el ser humano, creado a imagen de Dios, apunta al mismo Dios. Todo ser humano ha sido creado para llevar la adoración a Dios.

Otros han entendido la imagen de Dios como la *razón o facultad intelectual*. Esto diferencia al ser humano de los animales, sin embargo, algunos más a partir de la Reforma protestante han considerado que la imagen de Dios en el ser humano está como desfigurada o deformada por su pecado; no así la Iglesia ortodoxa griega que mantiene que la imagen de Dios continua intacta en el ser humano.

Otra propuesta comprende la imagen de Dios como la *naturaleza o personalidad espiritual*, siendo creado por el aliento de Dios. El ser humano tendría en sí "una copia de la santidad y bienaventuranza de la vida divina" (Keil y Delitzsch, 2008, p. 39; argumentan que este era también el concepto que tenían los reformadores Lutero y Calvino). Esta se habría perdido con el pecado también y habría de ser restaurada por la obra de Cristo.

Al *conjunto de las capacidades o facultades humanas* se le designó también como imagen de Dios. Estas serían la inteligencia, la libertad, el afecto, la conciencia y la afinidad espiritual con Dios (Garrett, 2006, p. 421).

Como puede observarse, la imagen de Dios tiene diversos matices y debemos ser cuidadosos al momento de ofrecer una respuesta concreta. Es importante la señalización que hace Von Rad (citado en Kittel, 2003, p. 205):

> Es posible que en el trasfondo de esto haya ideas míticas, pero la única razón para mencionarlo es evitar que tomemos esa expresión en términos modernos, p. ej., como si se refiriera a la personalidad o a la capaci-

> dad moral. Tampoco debemos buscar más significado de la cuenta en el doble enunciado "a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza". Ni es asunto vital lo de si se trata de una semejanza espiritual o corporal. Obviamente, no hay especulación alguna acerca de la propia forma de Dios. El punto principal consiste en indicar que los seres humanos pertenecemos por naturaleza a la esfera divina. Sin embargo, la imagen se transmite por la secuencia física de las generaciones (Gn. 5:1ss). Salmo 8:5-6 trasciende de modo similar la alternativa espiritual/física, porque aquí los humanos tienen una gloria de apariencia externa, pero su verdadera gloria radica, como la de Dios, en la fuerza interior que les es connatural. Si bien el AT no llega a decir por fin en qué consiste realmente la semejanza divina, sí tiene mucho que decir sobre sus implicaciones. Los humanos han de dominar la creación como lugartenientes de Dios (Gn. 1:26). Por eso han de representar el dominio de Dios y su majestad (cf. Sal. 8; tb. Si. 17:3-4).

Podemos finalizar considerando que en el AT "no solamente se piensa en Dios antropomórficamente, sino que se cree en el hombre teomórficamente" (Preuss, 1999, Vol. I, p. 200). Esto, sin duda, nos lleva a considerar la dignidad que tiene el hombre y la mujer delante de Dios y encaminar desde allí la proyección social de la Iglesia.

Así como la imagen de Dios es una realidad, también lo es el *pecado* del ser humano (Gn. 3). Y aunque la imagen de Dios sigue en el ser humano, su pecado rompe la comunión en tres niveles: en su relación con Dios, en lo social y en lo ecológico o medio ambiental (nos detendremos en esto más adelante en el enunciado del perdón de pecados). Aún en medio de las consecuencias desastrosas del pecado, Dios brinda esperanza. Será necesaria entonces la intervención divina para restablecer la comunión a plenitud.

Derivado de la imagen de Dios también se tiene el libre albedrío. Pues Dios, al ser totalmente libre, ha creado al ser humano libre también.

El libre albedrío

El libre albedrío indica que el ser humano es libre para decidir entre el bien y el mal. Si se quita el libre albedrío del hombre, todo se le puede achacar al Dios-destino, como en el providencialismo, y si se desvincula lo todopoderoso del ser-Padre de Dios, el ser humano se

reduce a una marioneta. Dios Padre es todopoderoso y el ser humano es responsable ante él. Entonces:

> … cuando se vuelve al sentido original de nuestra vieja fórmula "Creo en Dios, Padre todopoderoso", vemos cómo esta guarda un innegable parentesco con la búsqueda contemporánea de una "fe en un Dios cuyo amor, fuente de sentido, constituiría al hombre en persona libre". Y es que el poder divino equivale, en realidad, a la fidelidad constante e inquebrantable del amor creador de Dios (Lison, 2009, pp. 145-146).

La importantísima noción del ser-Padre de Dios radica en que Dios Padre desea hijos e hijas que no le teman por ser un todopoderoso impredecible o déspota, sino porque es un Dios Padre todopoderoso que ama a su creación y vela por ella. La dinámica entre temor y amor es muy cercana: el hijo teme al padre porque este puede disciplinarle cuando es debido, pues así le muestra el amor de su cuidado; no obstante, la relación no se fundamenta en el temor, sino en el amor. Dios Padre no desea tener hijos e hijas que no sean capaces de tomar decisiones y recurran a él infantilmente; al contrario, desea hijos e hijas que crezcan y maduren en su fe de modo que por sí mismos puedan vivir honrándole, tomando decisiones sabias.

Partiendo de la analogía de la paternidad podemos comprender mejor esto: quizá por ello, entre otras posibilidades, Dios eligió preferentemente esa manera de darse a conocer. Yo como padre espero que mis hijos se desarrollen física, emocional, intelectual y espiritualmente, que crezcan, que maduren. Es mi deber como padre guiarlos en el camino del Señor, ser ejemplo para ellos, amarlos y cuidarlos, incluyendo en ello la disciplina. Mis hijos son pequeños, como tales, no puedo esperar de ellos la madurez de un adulto. Sin embargo, van desarrollándose, van aprendiendo, puedo verlo día a día, y en ello me complazco. Me deleito en Zoé al escuchar las palabras que comienza a repetir, en sostenerla en mis brazos o verla dormir apacible en los brazos de mi esposa, y me emociona verla dar sus primeros pasos; de igual modo me sorprende lo voluntarioso del carácter de Lev, sus ojos tan expresivos, la destreza y habilidad que va adquiriendo para correr y saltar, y la independencia que demuestra a su corta edad; me gozo por la creatividad de Ian y su habilidad para dibujar, sus ocurrencias

divertidas, su empatía y su ternura. Ellos están creciendo y desarrollándose bien. Pero qué pasaría si de pronto dejaran de crecer, algo estaría terriblemente mal. Qué sería si ya pasados los años no fueran capaces de tomar sus decisiones y estuvieran pegados a mí o a su mamá en todo momento, si esperaran que yo les dijera qué carrera estudiar o con quién casarse. Tal escenario sería un desastre total. Siendo su padre espero que, llegado el tiempo, sean libres, responsables, que tomen sus propias decisiones honrando a Dios en todo. Eso puedo aprender de Dios Padre, pues eso es lo que él quiere de mí y de ti, de sus hijos e hijas que, madurando gradual y constantemente, le honremos y amemos en todo lo que emprendamos.

Herejías y errores

La primera oración del Símbolo Apostólico refuta ciertas herejías que circulaban en la Iglesia antiguamente y que, aún hoy, están presentes de algún modo, así como otros errores que persisten en la Iglesia impidiendo la madurez de los creyentes.

Gnosticismo

Este movimiento surge en la primera mitad del siglo II, difundido principalmente por Marción. Mezclaba el dualismo persa y la filosofía neoplatónica con terminología cristiana, de ahí su peligrosidad al interior de la Iglesia. En lo que nos atiene a este capítulo, expresaba que uno era el Dios Padre que Jesús anunciaba y otro, totalmente distinto, el Dios Yahweh de los escritos judíos. Decía que el Dios Yahweh era una emanación inferior. Para comprender el concepto de emanación debemos pensar, por ejemplo, en la luz que emana de una lámpara: esa lámpara es la fuente de luz, y esa luz en cuanto más se va alejando de su fuente, más se va degradando. A esas emanaciones también se les llamaba eones, de manera que había un eón Yahweh, otro eón Paracleto, otro eón Cristo, otro eón Logos, otro eón Sabiduría, etc., que, por lo tanto, eran seres semidivinos. Pues bien, esta emanación Yahweh había creado la materia, la cual en su cosmovisión dualista era percibida como inferior o mala. De esta manera, el cuerpo del ser humano era visto como una prisión, y el alma como una chispa divina encarcelada.

Por lo cual, era necesaria la gnosis, el conocimiento oculto, para poder liberarse. Esta gnosis solo estaba disponible para unos cuantos, los pneumáticos o espirituales, a través de una iluminación.

El gnosticismo aún sigue vigente. Recuerdo haber visto un anuncio de una "Escuela gnóstica" en la avenida Tlalpan, en la Ciudad de México. También en cierta ocasión, ocurrió que estando con la Iglesia que pastoreaba en un picnic al lado del lago del Bosque de Chapultepec, llegaron unas cinco personas que se interesaron en la plática que teníamos, se sentaron y escucharon durante algún tiempo para entonces tomar la palabra y tratar de convencernos de que deberíamos recibir la iluminación gnóstica. Quizás estas situaciones sean fáciles de distinguir y no causan mayor daño que el disgusto de lo inoportuno. Pero ese tipo de pensamiento se encuentra en el movimiento de la Nueva Era y, además, ha permeado gradualmente la literatura distribuida por editoriales que se presentan como evangélicas: muchos textos que hablan del pensamiento positivo, el poder de las palabras, la sanidad interior, están plagados del gnosticismo ancestral.

Monarquismo modalista

También es conocido como *Patripasionismo* o *Sabelianismo*, por el nombre de su expositor Sabelio. Partía del judeocristianismo que tenía presente la concepción monoteísta acerca de Dios tal como es expresada en Deuteronomio 6, en el *Shema*: *"Escucha Israel, el Señor vuestro Dios, el Señor uno es"*, y que, al tratar de conciliarlo con la predicación cristiana sobre el Hijo y el Espíritu, entraba en conflicto, coloquialmente podría decirse que su cerebro hacía cortocircuito.

Con relación al primer enunciado del Credo, indicaba que Dios en ocasiones se mostraba como Padre, en otras como Hijo y en otras como Espíritu. Negaba, por tanto, la persona del Hijo y del Espíritu, entendiéndolos más bien como modos en los que Dios se manifestaba. De manera que quien había muerto en la cruz, no era otro más que el Padre, de ahí el término patripasionismo.

Quizás la herejía, habiendo dejado de lado el padecimiento del Padre, se ha mantenido vigente en la forma de una noción jerárquica de la Trinidad, donde se subordina el Hijo y el Espíritu al Padre como monarca absoluto. Escuché esta idea en algún seminario donde se

tomaba como fundamento para su organización jerárquica, en la cual, así como el Padre se hallaba en la cúspide de la trinidad, el director debía ejercer su gobierno totalitario. Lo mismo se replica en iglesias y en otras organizaciones paraeclesiásticas. Cada una de estas instituciones es libre de organizarse como así lo desee, claro está, pero tomar como marco teológico de ello una herejía, seguro no conducirá a nada bueno.

"El Todopoderoso"

Es un uso común emplear este término para referirse a Dios. Pero lo que hemos visto es que Dios es Padre. 'Todopoderoso' depende de su ser-Padre. Karl Barth (2000) aclara la cuestión: Primero, Dios "se distingue de toda impotencia" y, segundo, "está por encima de todos los demás poderes", pero hay una tercera precisión que debe hacerse:

> Dios *no* es el "*poder en sí*". Es una idea embriagadora imaginarlo como la quintaesencia de todo poder: capacidad, posibilidad, libertad como ser neutral, libertad absoluta, capacidad abstracta, poder en sí… ¿Es Dios la quintaesencia de toda soberanía, la *potentia* por antonomasia? Con frecuencia se le ha entendido así, y de ese modo resulta lógico imaginarse dicha *potentia*, el poder en sí, como lo divino, lo más profundo, verdadero y bello, y admirar y venerar, adorar y alabar ese poder en sí como el misterio de la existencia. Ustedes recuerdan perfectamente como Hitler, cuando hablaba de Dios, lo llamaba el "Todopoderoso". Pero Dios no es el "Todopoderoso"; no se puede comprender quién es Dios desde una altísima quintaesencia del poder. Y quien llama a Dios el "Todopoderoso" habla de Dios yéndose por las ramas del modo más terrible. Pues el "Todopoderoso" es malo, lo mismo que es malo el "poder en sí". El "Todopoderoso" es el caos, el mal, es el diablo. No cabe caracterizar y definir mejor al diablo que intentando pensar esta noción de capacidad fundada en sí misma, libre y soberana. Esta idea embriagadora del poder es el caos, el *tohu wabohu* que Dios dejó atrás en su creación, que él no quiso cuando creó el cielo y la tierra… La Sagrada Escritura nunca habla del poder de Dios, de sus demostraciones ni de sus victorias, al margen del concepto de *derecho*: el poder de Dios es desde el principio el poder del derecho. No es mera *potentia*, sino *potestas*; por tanto, poder legítimo, cimentado en el derecho… por cuanto es la omnipotencia de Dios Padre… lo que Dios afirma es *orden*, en el mismo sentido en que

> existe orden en Dios mismo entre él y su Hijo y el Espíritu Santo… El poder de Dios es santo, justo, misericordioso, paciente, bondadoso. Esto es lo que distingue el poder de Dios de la impotencia: que él es el Dios trino (pp. 57-60).

Lo que se quiere enfatizar aquí es que la noción de todopoderoso depende del ser de Dios. Dios es Padre, que sea todopoderoso depende de este ser-Padre. No se puede tener un entendimiento correcto del poder de Dios aislado de su ser-Padre. Si se enfatiza el poder de Dios de manera aislada de su ser-Padre, se atenta contra su propio ser. De ahí que surja entre los creyentes una idea distorsionada de Dios como un ser déspota que puede hacer y deshacer lo que él quiera, cuándo y cómo quiera, sin importarle un comino las insignificantes vidas humanas. Son muchos los que, por esta percepción de Dios, viven temiéndole, como si fuera un ser que en cualquier momento *puede* terminar con sus vidas puesto que es el *todopoderoso*.

Lamentablemente, esta concepción de Dios está muy arraigada en el evangelicalismo. Si al trasfondo de familias disfuncionales se le suma esta concepción de Dios todopoderoso sin contemplar su ser-Padre, no es de extrañar que los creyentes tengan serios problemas para disfrutar de comunión plena con él. Varios jóvenes que he atendido en consejería, incluso en seminarios, no logran tener una relación sana con Dios como su Padre. Al contrario, viven con temor y no en libertad. En lugar de vivir día a día en la gracia de Dios, disfrutando de su amor, viven buscando ganarse su aprobación y de este modo, su gracia. La obediencia que le brindan no es por amor a él o agradecimiento por lo que él ha obrado en sus vidas, sino por temor de lo que puede hacer el todopoderoso tras alguna falla; se esfuerzan en su caminar cristiano con la esperanza de ganarse Su amor, sin saber que ya lo tienen. Así algunos creyentes desean amar a Dios, pero no lo hacen. Incluso he detectado en algunos casos, si no odio, sí desprecio hacia él.

La noción abrumadora de un Dios todopoderoso sin el debido conocimiento de su ser-Padre, simplemente desemboca en la desesperanza del creyente, debido a que nunca podrá alcanzar la perfección que este ser todopoderoso requiere, surge el temor por fallarle o no cumplir sus estándares, el enojo contra uno mismo por no ser capaz de

ganarse su afecto o su gracia, y de ahí emerge el rencor contra Dios que le exige algo imposible, viene la culpa por albergar tales sentimientos hacia aquel que se supone es amor, y entonces llega la insatisfacción de la vida cristiana.

Providencialismo

Otra falsa concepción derivada de la noción equivocada del "Todopoderoso" es el providencialismo de los creyentes. Podría definirse el providencialismo como la idea de que Dios decreta todo lo que ocurre tal como suceden las cosas, sean buenas o malas, aunque generalmente malas, haciendo a un lado cualquier otra razón, especialmente la responsabilidad humana. Se cae en una teodicea al estilo de los amigos de Job.

Quizá un meme que circula en las redes sociales podría ilustrar bien esto: en un primer cuadro se muestra la caricatura de un hombre tendido en una cama de hospital; a su lado, una mujer, quien, tratando de consolarle, le dice: "Todo forma parte del plan de Dios". Abajo, en un segundo cuadro, se tiene una representación muy común de Dios, un viejito con barba. Lo incisivo del meme es que este Dios tiene enfrente una pizarra donde en letras rojas se puede leer: "1. Hacer el universo" y "2. Darle un tumor a Steve". En su mano derecha está el plumón rojo y con su mano izquierda se toca el mentón meditando qué hará a continuación. Este es el providencialismo.

Nuevamente, la concepción de todopoderoso se ha desvinculado del ser-Padre de Dios. En el providencialismo no cabe el ser-Padre de Dios, no hay lugar para un Dios Padre. Su amor y su cuidado son desplazados por su providencia. En ello no hay consuelo, simplemente resignación. La idea evangélica del providencialismo se halla más cerca de la noción del destino de los griegos y se aleja de la revelación bíblica del Dios que vela por su creación. La vida, como en la cultura griega antigua, está a merced de los dioses, o en este caso, todo depende de lo que Dios dictamine según esa providencia suya. Tal es su destino, no hay alternativa, no hay capacidad de decidir ni posibilidad de modificar tal providencia, esa es la tragedia humana… ¿Será esta la idea detrás de la noción deformada de lo que es la predestinación, donde un Dios todopoderoso eligió a unos para salvación y otros, lógicamente, para condenación eterna?

Aunque la noción del providencialismo se tiene en casos negativos como el del meme de Steve, también se aplica comúnmente en casos positivos. Por ejemplo, se escuchan expresiones de jóvenes enamorados, tales como: "Dios nos destinó a encontrarnos y estar juntos por siempre", "Dios escribió nuestra historia de amor desde antes de la fundación del mundo", o la que es peor, "Dios la creo para mí". Pero esta noción positiva del providencialismo pronto puede cambiar a negativa cuando vienen los problemas. Se escucha el eco de la respuesta de Adán: "La mujer que tú me diste…" (Gn. 3:12). Suena risible, pero es lo que sucede: la constante recriminación a Dios por lo que él ha determinado. Así una joven expresaba sus reclamos a Dios, cuestionando por qué él le había dado esos sentimientos hacia el joven que le destrozó el corazón. Cuando el providencialismo se toma como punto de partida para toda explicación, sigue: "Dios quiso que conociera a este hombre para enseñarme que debo depender de Dios y no de los hombres", y si hay divorcio o un nuevo matrimonio: "es que Dios quiso que pasara por ese divorcio para entonces poder conocer a mi amor verdadero".

Lo que se ha dejado de lado es la libertad humana, la capacidad de elegir, de decidir, la responsabilidad y las consecuencias de los actos que realizamos. "Dios no tiene la culpa de tus actos", diría el Profesor McKernon (véanse los esquemas del Apéndice VI sobre El ser-Padre de Dios y sus implicaciones). Queda pendiente la cuestión del mal y del dolor como en el caso de Steve, pero eso se verá más adelante en el capítulo 4.

Para continuar la reflexión

1. Puedes preguntarte y responder lo siguiente: ¿hace cuántos años que escuché y creí en el Evangelio de Jesucristo? ¿Desde entonces, mi conocimiento de la doctrina cristiana ha crecido o se ha estancado? Si se está llevando el manual en grupo, procuren un ambiente de confianza mutua y compartan sus comentarios.
2. ¿Qué otras consideraciones derivan del concepto de creer-comunión en tu familia, con amistades, o en la misma Iglesia?
3. ¿Qué aspectos de tu comunión con Dios Padre han estado determinados por el concepto de "todopoderoso" y qué podrías cambiar ahora desde su ser-Padre?

4. ¿Qué propuestas de servicio podrías presentar en tu Iglesia para personas con algún tipo de discapacidad, fundamentadas en la idea de imagen de Dios?
5. A partir de la noción de imagen de Dios y del pecado humano, ¿cómo podemos acercarnos a problemáticas como el homosexualismo?
6. ¿En qué sentido, lo expuesto en este capítulo refuta las herejías del gnosticismo y monarquismo?